

En tu día

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

En tu día. Novela escrita durante el 2012. Publicada en papel por el sello Nebliplateada, 2019.

Domenech, María Tamara

En tu día / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1089-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Invitación

“Te invito a mi fiestita de cumpleaños que se realizará el domingo 18 de noviembre, de 15 a 18 hs. en la Antigua Casita, ubicada en Raquel 855”.

¡Te esperamos!

Nene

Terminamos de almorzar y dejo, por primera vez desde que estoy casada, los platos sucios en la pileta de lavar, despejo la mesa de la cocina, le paso un trapo con lavandina para que no quede pegoteada y apoyo un anotador en el que redacto la invitación para el festejo del cumpleaños de mi hijo Nene que será en una semana.

Desde hace un mes tengo la fiesta en mi mente pero, al día de hoy, lo único que logré hacer fue reservar, telefónicamente, el lugar para realizarla.

Empiezo por las tarjetas porque considero que un festejo puede prescindir de la comida, la música, de ropa para ser estrenada pero no así de las personas que irán. Una fiesta sin invitados se parecería a un cuadro precioso clavado con cuchillos, un camión con policías que nos iluminan con linternas.

Termino de redactar y, mientras elijo imágenes en revistas infantiles para que acompañen el texto, le digo a Marido:

– Te voy a leer lo que escribí para que me digas si habría que agregar otra información.

Y él me contesta:

– Está muy clara, parece la gacetilla para un diario.

– Pero no quiero que de esa impresión. Me gustaría que, hasta las palabras informativas, transmitieran lo que siento por Nene. Pero quizá al mandarlas con estos dibujos ¿no creés que ellos equilibrarían la traición del vocabulario?

– A ver...la verdad es que, no. ¿Vos creés que este oso y este sapo, mirando vaya a saber qué cosa, transmiten tus sentimientos?

– Sí, ¡si son simpáticos!

– Eso no lo niego pero no transmiten el deseo de festejar un cumpleaños. Mirá las posiciones inertes de sus cuerpos, sus miradas perdidas, sus bocas cerradas. Además, nunca dejaría que los animales hablaran por nosotros.

– Pero a los chicos les gustan porque los miran por la televisión.

– Será por eso que la elección no me convence. Las imágenes para convocarlos deberían ser diferentes.

– Si después en los sueños se mezcla todo: las fiestas, los programas de televisión, los deberes.

– Vos me preguntaste y te respondí, ahora, decidilo vos.

– Las mando así...

– Mandalas.

– Pero esperá, tendríamos que adjuntar un plano para que sepan cómo llegar a la calle Raquel 855.

– ¿Podrías dibujarlo vos que sos más prolijo?

– Está bien, después lo hago.

- No, hazelo ahora. Faltan muy pocos días y, sino las mandamos, corremos el riesgo de que no lleguen a tiempo y, a último momento, los invitados no puedan venir.
- Traeme un lápiz y un papel.
- Tomá.
- ¿Quedó bien?
- Perfecto.
- Ahora creo que este sapo, el oso, el plano y la redacción, en su conjunto, no expresan lo que sentimos por nuestro hijo.
- ¿Qué hubieras hecho?
- No sé, mandar un correo electrónico personalizado, sencillo, sin extravagancias.
- Tendríamos que encontrar los lugares en los que se producen las palabras intermedias entre la información y el entretenimiento, ¿no te parece?
- Sí, pero ¿qué espacios conocemos?
- Un montón pero no estamos acostumbrados a vivir en ellos, ese es el problema.
- ¿Y si le preguntamos a Nene qué tarjetas le gustaría enviar?
- Me parece bien, ¿y dónde está?
- No sé, esperá que lo llamo.

Nene

Nene no contesta. Marido me pide que vaya a ver por dónde puede andar. Subo la escalera hasta el segundo piso de la casa y entro a su cuarto. Como duerme y, me da pena despertarlo, por un instante pienso en enviar las invitaciones tal cual están. Pero, cuando me estoy por ir, él se despabila como si mi indecisión le hubiera tocado el pelo, la frente o la nariz.

Y le digo:

–Venía a buscarte para que me ayudaras a diseñar la invitación para el festejo de tu cumpleaños.

Nene me contesta:

- ¿Por qué hay que invitar a las personas que uno quiere?
- Porque el festejo lo hacemos otro día al que naciste.
- Mamá, ¿cuándo cumplo años?
- Mañana.
- Quiero festejarlo mañana.
- Es que es un día laborable y nadie llegará a tiempo.
- ¿Por qué no puedo hacer lo que quiero el día de mi cumpleaños?
- Porque uno nunca hace lo que quiere, ni siquiera, el día de su cumpleaños. Dejo que la dibujes en mi ordenador, así hacés algo distinto. Nene me mira como si hubiese estado esperando esas palabras desde antes.

Una vez que prueba algunas funciones, pinta el fondo de la pantalla de color azul. Después lo borra y lo pinta de rosa. Después lo borra y lo pinta de verde. Después lo borra y lo pinta de rojo. Después lo borra y lo pinta de amarillo. Después lo borra y lo pinta de negro. También borra algunos espacios en los que quedan las formas de nubes verticales y, en

esos intersticios, escribe frases con color celeste pastel. En la parte inferior agrega dos autos rojos y en el borde superior derecho dibuja un arco de fútbol.

Es un dibujo misterioso, no tiene nada que ver con los osos y los sapos que había elegido yo. Tiene carácter. Pero carácter de qué, me pregunto. Como, así también, qué pensará la gente cuando lo vea.

Mientras él colorea la red del arco, yo pruebo frases afectuosas como las que siguen:

“Queridos amigos, Nene cumple cinco años y lo festejamos el domingo 18 de noviembre entre las 15 a 18 hs. en la Antigua Casita, ubicada en Raquel 855, ¡no falten!”. “Querida familia y amigos queremos, de todo corazón, compartir con ustedes el cumpleaños de Nene, que se realizará el domingo 18 de noviembre de 15 a 18 hs. en la Antigua Casita, ubicada en Raquel 855. Los esperamos, ¡serán bienvenidos!”. Como no me convence ningún texto pongo un disco para ver si me inspiro. Pero enseguida Nene me pide que lo saque y elija otra música porque, la que estaba, lo entristece. Le pregunto qué quiere escuchar y me dice que ponga algún jueguito de los que vienen instalados en los ordenadores porque los ruidos mecánicos lo distraen. Lo consiento, arrepintiéndome porque esos sonidos me recuerdan a un despertador que señala momentos rotos.

Más tarde, Nene se acerca a la pantalla y escribe con la letra más pequeña que permite la máquina: “el día de mi cumpleaños es otro”.

Leo la frase, le pido que la quite y, a cambio, escribamos el párrafo que redacté pero me dice:

- Mi dibujo va solo sin otras frases que lo interfieran.
- Pero corremos el riesgo de confundir a los invitados.
- Está bien, lo mandamos con la frase tachada.

Acepto. Envío las invitaciones -el dibujo y el segundo texto separados- por correo electrónico y volvemos a la cocina.

Marido sigue sentado desde que le dije que subía para buscar a Nene. Mira un punto que está detrás de la ventana, antes de llegar a la ligustrina como si encontrara, allí, el reparo después de un susto.

Cuando nos mira le pregunta a Nene:

- ¿Mandaron las invitaciones para el festejo de tu cumpleaños?
- Sí.
- ¿Y qué te pareció dibujar por primera vez en el ordenador de mamá?
- Estuvo bien.
- Contame, qué dibujaste.
- La noche, dos autos rojos y el arco de una cancha de fútbol.
- ¡Qué lindo!
- No sé.
- ¿Qué no sabés?
- Si era lindo. Eso que lo diga mamá.

Marido me pregunta:

- ¿Encontraron más relación entre las imágenes y el texto?

Y Nene responde:

- Es que los mandamos por separado.

Marido me pregunta:

– ¿Creés que así llegará bien la información?

Preparativos

Le preguntamos a Nene si le gustaría participar de los preparativos de la fiesta pero se queda callado mientras se mira los dedos de las manos. Como si ellos representaran respuestas, precisas, de algo que no se puede comunicar.

Entonces, les propongo que vayamos hasta la Antigua Casita para pagar la reserva. Marido y Nene asienten con la cabeza, agarro mi cartera, Marido la llave, Nene unos audífonos que quedaron sobre la mesa del teléfono, la noche anterior y subimos al auto. Recorremos en silencio los veinte kilómetros que nos separan del lugar. No me impongo decir nada, mi mente hace un recuento de todo lo que hay por hacer. Pienso en la ropa que nos pondremos y falta comprar, el menú que nos sugerirán, los souvenirs, la animación, los regalos que habrá que cambiar. La lista es interminable porque cada una requiere de un antes, un durante y un después en relación a la ejecución. Intento contrapesar las tareas por realizar en pos de la felicidad de Nene pero lo miro a él y está en su mundo, como si no le importara, realmente, festejar su cumpleaños.

El silencio de Nene es una característica de su personalidad que, con los años, se acentúa y con ellos mi incapacidad para entenderlo y me pregunto: “¿estaré festejando su cumpleaños porque necesito ponerle sonido a su manera de ser? ¿Los festejos habrán sido recuerdos en un primer momento? ¿Estaré decorando preguntas con guirnaldas, globos, golosinas? ¿Querré tener un hijo distinto? ¿Estaré organizando esta fiesta para que otros niños me demuestren su cariño? ¿Hasta dónde es capaz una mujer de dominar el destino de una familia?” Y me respondo: “vamos hacia Antigua Casita”.

Marido mira adelante aceptando el presente tal cual es pero no sé si es porque no se anima a cambiarlo, no le molesta o porque le gusta, entonces me pregunto: “¿en qué detalles se sentirá unido a su hijo?”

Bajo la ventanilla, me doy vuelta hacia atrás y veo que Nene investiga el tapizado del auto: lo toca, lo huele, hace unas cruces imaginarias con un lápiz que no tiene punta y le pregunto:

– ¿Qué hacés?

– ¿No ves?, estoy dibujando una pista de carrera. Esta es la largada, este es el circuito, esta es la llegada y estos son los autos de competición.

– ¿Y qué auto gana?

– El que va perdiendo, o sea, este rojo.

Me doy vuelta para mirar hacia adelante otra vez y pienso en que Nene habló a partir de una pregunta muy simple.

Marido enciende un cigarrillo y lo mira por el espejo retrovisor y le dice:

– ¡No sabía que te gustaban tanto los autos de competición! ¿Qué te parece si alguno de estos días vamos al autódromo?

Y Nene le responde:

– Pero ¿cómo haríamos para alentar a los perdedores?

– Aplaudiéndolos, saludándolos, haciéndoles firmar un autógrafo en nuestras remeras. Me gusta la idea de que seamos el público de los autos olvidados.

Antigua Casita

Llegamos a la Antigua Casita conversando sobre autos de carreras perdidas y formas de alentar a sus conductores.

Cuando estacionamos Nene pregunta:

– ¿Esta es la casita donde se hará mi fiesta?

Y respondo:

– Sí, ¿te gusta?

– Es extraña.

– ¿Por qué?

– Es inmensa.

– La extensión nos vuelve extraños porque presenta un sinfín de posibilidades. Aquí podrán correr, saltar, treparse a los árboles.

– Para mí, cuanto más grandes son los lugares más cosas esconden.

– Pensá en la dimensión de las cosas que te gustaría encontrar. No sé, un animal, una pileta, una montaña, un sótano.

Nene se queda pensando pero no parece convencido.

Después entramos a la Antigua Casita y se percibe que, hasta hace unas horas, hubo una fiesta: hay olor a jugo de naranja y cerveza; de las ventanas cuelgan serpentinas rotas; en el piso hay papel picado pisoteado, unos montículos por allí y otros por allá, como si hubieran comenzado a barrer y, a último momento, se arrepintieron; sobre una mesa sin mantel hay vasos sucios apilados, a punto de caerse y una hilera de platos de plástico transparente con restos de comida que esperan ser tirados al tacho de basura.

Marido observa unos globos, anudados entre sí, que se soltaron y quedaron atrapados en la rama del árbol más cercano a la casita y Nene acompaña los pasos que dejo atrás para captar los detalles invisibles de las huellas, los perfumes, los sabores, las palmadas, las miradas que se cruzaron a través del cotillón. Sin darme cuenta piso una maraca y el ruido como un timbre llama a la encargada del lugar.

Llega Anfitriona y pregunta:

– Hola, cómo están, ¿llegaron bien? Disculpen el desorden es que tuvimos una fiesta de 15, anoche, y la empleada de la limpieza todavía no llegó. En un rato, nada más, verán qué linda queda la Antigua Casita ordenada y no se arrepentirán de habernos elegido. Vengan por aquí, tomen asiento.

Nos dirigimos hacia una habitación en la que hay una mesa y dos sillas, una de cada lado.

Anfitriona toca una campanita y una chica trae dos sillas más.

Nos sentamos los cuatro y le pregunta a Nene:

– ¿Te gusta el lugar?, ¿estás contento con la fiesta de cumpleaños que te están preparando tus papás?

Y Nene responde:

–Sí.

Anfitriona continúa:

– ¡Cuánto me alegro! Bueno, como les adelanté por teléfono, vamos a repasar los servicios que les ofrecemos, podrán conocer las instalaciones y, luego, si les parece bien, deberían abonar la totalidad del alquiler.

Y yo respondo:

– Sí.

– Empecemos entonces: desde la Antigua Casita ofrecemos la comida, la bebida, la animación, los suvenires y la piñata. La comida incluye: sandwichitos de miga, saladitos, alfajorcitos, galletitas, tortitas. Habrá gaseosas y vino.

Las opciones de animación son: un espectáculo circense al aire libre, un recital de cuentos y canciones, una función de títeres y el juego de los disfraces, dirán ustedes qué opción prefieren.

Nosotros nos quedamos callados y Nene responde:

– ¿Podríamos jugar sin que haya animación?

Anfitriona le responde:

– Lo que sucede es que, como el predio es tan extenso, corremos el riesgo de que solos se extravíen. Es necesario a tu edad de una persona que los cuide y qué mejor, también, que los entretenga.

– Nene nos pregunta:

– ¿Y por qué no nos cuidan ustedes, los grandes?

Marido le responde:

– Es que para nosotros también es un día de festejo, queremos charlar y brindar con familiares y amigos.

Anfitriona le dice a Nene:

– De todas maneras podemos acordar un tiempo para que jueguen solos mientras la animadora los cuida.

Nene dice:

– Está bien.

Anfitriona le pregunta a Nene:

– De las opciones que mencioné, anteriormente, ¿cuál te gusta más?

Y él responde:

– El juego de los disfraces.

– Perfecto. Les cuento que a los varones se les entregará un mazo de cartas y a las nenas una bolsita con hebillas de colores de regalo. Por último, pondremos una piñata de cartón que Nene abrirá, al término del festejo, mientras soltamos globos mezclados con humo y nos preparamos para soplar las velitas. ¿Le parece bien?

Nene responde:

– Me gusta mirar los globos desde lejos. Prefiero que haya humo nada más.

Anfitriona dice:

– Pensá en tus amigos no, solamente, en vos. A los chicos les encantan.

Le pregunto a Anfitriona:

– ¿Qué hay dentro de la piñata?

Anfitriona responde:

– Sorpresas.

Al escuchar esa palabra me sentí aliviada. Porque, por un momento, después de la descripción, creí que lo estábamos defraudando a Nene. La fiesta se parecía más a una requisa que a una sorpresa. Agradecí que Anfitriona dijera esa palabra para que Nene tuviera cierta ilusión respecto a lo que iba a pasar.

Y prosiguió:

– Si no tienen ninguna duda ahora tendrían que abonar el arancel.

Lo miro a Marido como diciéndole: “¿tenés alguna duda, querés preguntar algo más?” y Marido interpretando mi cara le dice:

– ¿Podríamos conocer el parque?

Y ella responde:

– Claro que sí, vengan por acá.

Una vez que lo vemos, en cambio de darnos ganas de recorrerlo, una sensación nos paraliza como si, éste, echara un gas vencido que nos hace picar los ojos. Detenidos, en el último escalón que comunica el salón comedor con el parque, nos convertimos en una estatua familiar y esto provoca que Anfitriona repita:

– No se detengan, vengan.

Pienso por un instante que la extensión, más allá de los argumentos que sostuve frente a Nene, nos está jugando una mala pasada. Aunque vivamos en una casa de dos plantas con jardín, supongo que la inmensidad llama a la inmensidad y que cualquier casa frente a este paisaje marea.

Luego le respondo:

– Gracias por la invitación pero creo que podemos verlo, perfectamente, desde donde estamos. Contanos qué lugar está destinado para que jueguen los chicos.

– Por cuestiones de seguridad pueden andar alrededor de la casa.

Piensen que al fondo, detrás de aquella hilera de álamos hay un lago artificial, una pileta de natación, una pajarera y una despensa. Si lo desean se las muestro.

Marido le pregunta:

– ¿Cuántas hectáreas tiene el predio?

Anfitriona responde:

– 17.

– ¿Cuánto tiempo estima que podrá llevarnos el recorrido?

– Por lo menos una hora.

Me adelanto, entonces, a lo que vaya a decir Marido y le respondo a Anfitriona:

– En otra oportunidad. Es que tenemos que resolver un sinfín de detalles.

– Como gusten.

Nene, al escuchar esta palabra, le pregunta a Anfitriona:

– ¿Por qué querríamos conocer esos lugares si no podemos ir el día del festejo?

Anfitriona le responde:

– Nene es una cuestión de años nada más. Si esta casa existe cuando seas grande disfrutarás de la totalidad del parque.

Pienso en esa respuesta y la considero injusta. Perderse, a una determinada edad, es ganar seguridad.

Y le pregunto a Anfitriona:

– ¿Hay alguna posibilidad de que la animadora realice las actividades en distintos lugares del parque para que los chicos los conozcan?

– La verdad es que no. Porque hasta ella termina perdiéndose y eso que trabaja desde hace mucho aquí. Tendría que hacer un mapa pero eso llevaría más horas de las que no contamos. Si les parece, terminaremos con algunas cuestiones administrativas.

Ingresamos y vemos que la Antigua Casita está más desordenada que antes. Sobre la mesa de los grandes hay disfraces de bailarinas. Sobre las mesas infantiles disfraces de granaderos.

Anfitriona se adelanta a nuestros pensamientos y dice:

– No se hagan problemas, cuando vengan todo estará en su lugar.

Pagamos la seña, el porcentaje del alquiler, nos despedimos y subimos al auto.

Marido cierra la puerta y le pregunta a Nene:

– ¿Te gustó?

– Me parece que sí.

Luego me pregunta a mí:

– ¿Y a vos?

– Sí, el lugar es realmente impactante.

Recorremos los veinte kilómetros de vuelta callados.

Nene ya no juega con el tapizado del auto. Mira hacia atrás por la ventanilla.

Marido hacia adelante porque no tiene opción, me pregunto si estará a gusto o preferiría ir mirando hacia los costados como yo.

Los cardos delgados y altos con flores violetas del camino me ayudan a repasar la lista de lo que falta hacer: comprar ropa, zapatos y realizar llamados para revisar si los correos llegaron a destino.

Llamados

Llegamos a casa, estoy por abrir la puerta, suena el teléfono pero no llego a atender. Vuelve a sonar y, cuando lo atiendo, empiezo a escuchar voces ligadas que dicen cosas como éstas:

“Hija no entiendo cómo lo dejaste a Nene dibujar su propia tarjeta de cumpleaños. Es chico todavía, no sabe lo que hace. Me llegó el correo pero la verdad es que el dibujo no se relaciona con un festejo”.

“Hola, habla la mamá de Amigo, llamo para saber cómo se llega a la Antigua Casita porque me llegó la invitación pero no, así, el plano. Agradecería me lo reenviaran”.

“Hola, habla la Tía les quería mandar un beso y anticiparles que el domingo 18 no voy a poder ir a la fiesta porque me voy de viaje. Adiós”.

“Hermana, ¿cómo estás?, te llamo para decirte que me pareció una idea inteligente enviar la invitación por correo pero me llegaron colores nada más. Seguro es un problema técnico. Cualquier cosa llamame y te paso el teléfono de alguien que repare”.

“Hola hija, otra vez yo, era para decirte que me llames, ni bien llegues, así te ayudo con el menú, ¿qué comen los chicos ahora? Otra cosa: ¿Quién hace la torta de cumpleaños?”

“Hola soy técnico llamo de parte de su hermana. Me dijo que andaba teniendo un problemita con el ordenador. Mañana voy a estar por su barrio, si quiere me llama, le dejo mi número de teléfono: 15-5555-5555”.

“Hola Ne-ne estoy aburrido en mi casa. Muuyy aburrido pero muuyyyyyy aburrido”.

“Hijo querido, no quiero molestar pero ¿no te parece un disparate festejar el cumpleaños de Nene tan lejos de la casa, de la familia, de los amigos del colegio, del barrio, de sus actividades? Pensalo: ¿creen que los invitados se moverán hasta allí? Si te puedo ayudar a cambiar el plan, avisame”.

“Nene soy Amiga, ¿cuándo es tu cumpleaños?”.

“Hola, habla la mamá de Amigo del Amigo. Llamo para preguntar si el festejo es en serio o es un chiste. Porque en un recuadro de la invitación se lee: “el día de mi cumpleaños es otro”, espero que me llamen, gracias”.

“Hola Nene, sigo aburrido, ¿no llegaste todavía?”

“Mamá de nuevo, todo solucionado, ya reservé la torta de cumpleaños en una confitería cerca de la Antigua Casita. Tenía miedo que se derritiera desde tu casa al salón. Decile a Nene que la abuela le encargó una torta con forma de pelota de fútbol con cinco velitas de los colores de su equipo favorito”.

Corto el teléfono para detener la voz infinita. Luego, dejo el bolso en el perchero y me siento en un sillón. Las palabras escuchadas me piden cosas que no puedo responder. Un hilo de metal las pincha en un rincón de mi mente para que no las olvide mañana y deja un dolor en el tiempo, un deber.

Después, cenamos restos de comida que sobraron del mediodía y nos recostamos en el sillón del living para ver la televisión. Vemos dibujitos animados y noticias de último momento. El control remoto pasa de mano en mano porque, de esa manera, sentimos una unión que nos distiende y nos hace querer.

Para nosotros a la noche no hay palabras. Hay imágenes. No tenemos pensamientos. Adoptamos los de los protagonistas de la ficción. Todos los días nos quedamos dormidos de la misma manera.

A la madrugada, me levanto y le digo a Marido que suba al cuarto. Él junta unos papeles de alfajor, se los pone en el bolsillo y busca el control remoto para apagar la televisión. Después lo levanto a Nene y lo llevo a su cama pero, cuando estoy por acostarlo, abre los ojos. Le hablo y, como no me mira, supongo que está durmiendo y se los vuelvo a cerrar. Le digo que es tarde, le doy un beso y apago la luz.

Entro a mi cuarto y Marido me dice que no le dijimos feliz cumpleaños a Nene, entonces, voy otra vez a su cuarto pero lo veo durmiendo y no se lo digo.

Me acuesto y no me puedo dormir. Miro la espalda de Marido y pienso en el color rosa. Giro media vuelta y el techo me recuerda frases pronunciadas en días de exámenes finales. Giro, inmediatamente, otra vez y presiento que alguien se esconde en mi ropero. Me levanto, lo abro y, como no hay nadie, me acuesto. Boca abajo siento que el silencio de la noche no pesa. En esta posición el estómago capta las luces de la casa. Al cabo de un rato, me doy vuelta y veo la sombra de Nene deambular por la sala de arriba y, enseguida, me levanto otra vez para saber qué le pasa.

Nene tiene los ojos semi cerrados, mastica un pedacito de alfajor y le digo:

– Vení, te llevo a tu cuarto, todavía es de noche.

– Soy un globo de cumpleaños, no quiero que nadie me explote.
– Nadie te va a lastimar, ahora tenés que dormir. Me voy a quedar al lado tuyo, cantándote una canción pero grita:
– Soy un globo de cumpleaños, no quiero morir.
–No te vas morir. Te lo prometo.
–Sosteneme las manos como si fueran piolines. ¿De qué color soy?
Mientras le acaricio las manos, le digo feliz cumpleaños en voz baja y me quedo dormida. Y sueño que Anfitriona me lleva en una bandeja de plata a recorrer el parque, mientras me ofrece chizitos. Después me dice: “vamos adentro a buscar una gaseosa, debés tener sed”. Pero yo quiero llegar hasta la pileta de natación. Estoy convencida de que ella esconde buzos. Desde la bandeja le digo: “ahí los veo, son ellos” y ella me contesta: “ah, sí claro, ellos son mis números”.

Sigo soñando.

Nene convertido en fantasma deambula por la casa. Abre las persianas de su cuarto y se sienta en la ventana como un gato que espera el aullido de otros para ser parte de un grupo. Baja la escalera, va a la cocina, abre la puerta de la heladera y, como no la cierra, el hielo se descongela e inunda nuestro cuarto. Nene sigue la corriente del agua y nos mira dormir. Vuelve a bajar y sale al patio para observar la casa con las luces apagadas. Atrás de él las estrellas del mundo titilan iguales como la luna y comienza a caminar en cuatro patas, semejando ser un cachorro de perro. Camina hacia adelante y espera. Camina hacia atrás y se sienta. Levanta la cabeza y se detiene en la ventana de su cuarto cerrada, la noche resplandece en sus vidrios impenetrables. La luz está en la calle. Un vecino sale a la puerta de su casa porque escucha ruidos distintos a los de costumbre y lo mira a Nene. Nene simula tener las orejas paradas, con las dos manos apoyadas en su cabeza. El vecino entra a su casa y sale con una escopeta, por las dudas. Piensa que quizá es un ladrón disfrazado de animal o un animal disfrazado de ladrón. Como no lo vuelve a ver, dispara hacia nuestros canchales porque piensa que es probable que se haya escondido allí. Luego, Nene sale detrás de un árbol y agarra las flores desperdigadas. Las sube a su cuarto y las pega en el vidrio de su ventana. Desde adentro son pétalos cortados con fuego. Desde afuera parecen restos festivos.

En un momento me despierto porque escucho que Nene me dice:

– ¡No me agarres tan fuerte las manos, me estás lastimando!

Y le digo:

– Perdón, no quería que tus manos, de piolín, se volaran.

Cumpleaños

Me levanto más temprano que de costumbre porque hoy es el cumpleaños de Nene y, como todos los años, le hago un desayuno especial. En la taza de leche coloco una bombilla de color azul que dice “Felicidades”, hago tostadas que unto con manteca y dulce de leche y, luego, con un palillo escribo “Nene”, dispongo sobre la mesa un individual que tiene bordada la fecha de su nacimiento junto con una servilleta que tiene bordadas las iniciales del nombre de Marido y mío.

Después baja Marido con Nene y, juntos, le decimos: “¡Feliz cumpleaños!” pero Nene no responde porque todavía está dormido. En sus ojos brillan las palabras que lo esperan. Intento sacar temas de conversación como si, éstos, representaran la felicidad de una familia. Pero mi propósito no prospera porque, en la conversación, ellos ubican un ruido del que quieren desembarazarse lo antes posible.

Una vez que terminamos el último sorbo de leche y café decimos las frases de todos los días: “acordate que hoy salgo del trabajo y voy al centro a ver si encuentro un pantalón y una camisa para que estrenes el día del festejo”; “yo paso a buscarlo a Nene por el colegio y lo llevo a la casa de Amigo y, de ahí, voy a esa reunión que te conté”; “¿mamá puedo llevar caramelos y disfraces al colegio?”.

Luego, se visten y se van.

Es raro estar sola en la casa, es un momento que, a veces, disfruto y, otras, me entristece. Cuando me levanto contenta estiro las sábanas de las camas, paso una gamuza a los muebles, tiro lavandina en la pileta de lavar, pongo ropa en el lavadero, con un plumero dibujo sonrisas por toda la casa. Limpiando creo que las cosas que me disgustan pueden desaparecer. En cambio, cuando me levanto triste y me impongo hacer las mismas cosas, todo se vuelve difícil. Una mueca de asfixia incendia mi cama, la cocina, los muebles, la ropa. Sola en la casa escucho el teléfono que sonó ayer y no tengo ganas de devolver los llamados. Quizá, lo que llamo tristeza no sea otra cosa que no tener ganas de devolver algo que no pedí.

Levanto la mesa del desayuno y abro la canilla despacio porque no anda bien y pienso en que, quizá, logre organizar el festejo sin responder ninguna pregunta. Recién, en ese instante, el día comienza a entusiasmarme. En cámara lenta enjuago las tazas, los platos, los cubiertos. En cámara lenta los seco y los guardo. En cámara lenta cuelgo las toallas en la soga. En cámara lenta guardo las zapatillas que nos pusimos ayer. En cámara lenta me miro en el espejo. En cámara lenta me visto con lo primero que encuentro: un jean, una camisa blanca y unos zapatos con cordones. En cámara lenta pongo un libro para dar la clase de hoy. En cámara lenta cierro la puerta de la casa. En cámara lenta saco el auto del garaje. En cámara lenta me voy. En cámara lenta doy la clase. En cámara lenta ficho la salida y me subo al auto para ir al centro. En cámara lenta las vidrieras me conmueven porque siento que, en cualquiera de ellas, podría encontrar lo que busco.

Entro en la primera tienda para hombres y le compro a Marido un pantalón de gabardina azul, una chomba blanca y unos zapatos náuticos. Por un momento, dudo en repetir la elección pero sé que si le comprara otra ropa no se la pondría. El color es una diferencia entre nosotros, un tema de discusión. A mí los colores me alegran de sólo verlos en la ropa, en las flores, en los papeles de regalo. En cambio, a él lo ponen nervioso como si éstos lo obligaran a cambiar su forma de ser.

Salgo de la tienda y, en cámara lenta, cruzo la calle y entro en un bar. Pido un café cortado y una medialuna. Saco del bolso un cuaderno y una lapicera para escribir la lista de las cosas que faltan resolver para el festejo. Pero, en ese momento, se enfrentan en mi mente el tiempo presente con el tiempo pasado de los llamados que no respondí y, como son tantos, el pasado le gana al presente y cuando la moza me trae el pedido, sin probar nada, pago y me voy. En la vereda me siento mejor y quizá sea porque dejé el pasado en el bar. Miro la mesa que dejé y la moza toma el café y mastica a escondidas la medialuna.

Camino unos pasos y me pregunto: “¿en qué consistiría convertir el tiempo en comida?” y pienso: “tendría que probar recetas del tiempo, licuar los llamados, por ejemplo y tomarlo sentada en una reposera al sol”.

Afuera vuelvo a respirar aire del presente y veo, justo enfrente del bar, una tienda infantil. Decido a entrar por el cartel que tiene dibujado en la puerta, un perro con bonete. Pienso que, quizá, tengan ropa para Nene porque a él le gustan los perros.

Dentro del local hay olor a perfume de frutillas. La ropa se exhibe en percheros ubicados por arriba de las rodillas de una persona de altura estándar. Saco para ver mejor un pantalón que, de lejos, parece azul pero, de cerca, es celeste; una remera que, de lejos, parece blanca pero, de cerca, es amarilla y una campera que, de lejos, parece marrón pero, de cerca, es verde.

También saco del mostrador un adorno metálico que, de lejos, parecía un collar pero, de cerca, es una pulsera.

Decido llevarle esta ropa a Nene porque me gusta cómo los diseñadores trabajan el color. Nunca había visto prendas que encarnaran la esencia de la luz, gamas tornasoladas.

Cuando estoy por pagar, le digo a la empleada que felicite al creador de mi parte. Ella me dice que el estilo se llama “New Order” y que el concepto del mismo es entender que el progreso está en las constelaciones.

Después, como se hizo tarde vuelvo a casa.

Cuando llego, Marido y Nene están mirando un partido de fútbol. La imagen atenta contra mi deseo de que hoy sea un día distinto por ser el cumpleaños de Nene. No digo nada, dejo las bolsas sobre el sillón y voy hacia la cocina para preparar una pizza.

Cuando termina el programa se sientan a la mesa y le pregunto a Nene:

– ¿Cómo te fue hoy?

Y él responde:

– Bien.

– ¿Te cantaron el feliz cumpleaños?

– Sí.

Marido comenta:

– Antes de que te vayas a dormir te lo cantaremos nosotros.

Marido me dice:

– El teléfono sonó varias veces. No sé si dejaron mensajes. Después si podés escuchalos.

Para cambiar de tema les digo:

– Adivinen ¿qué ropa les compré para el festejo?

Marido responde:

– Espero que le hayas hecho caso a mi estilo.

– Sí, quedate tranquilo, la sorpresa es para Nene.

Me paro de la silla, voy al living a buscar las bolsas y le doy una a cada uno.

Mirándolo a Nene le digo:

– Espero que te guste.

Nene me mira y me dice:

– ¡Pero esta ropa no es para mí, es ropa para perros!

– ¿Cómo me vas a decir eso?

- ¿No ves que mis piernas no pasan por estos agujeros, ni mi cuello pasa por este otro y que las mangas de la campera son cortas?
- Pero esta ropa se estira, esa es la gracia de la tela. ¿Te gustan los colores? cambian con la luz.
- No me gusta tener que esforarme para entrar.
- Aunque sea probátela y después decidimos qué hacer.
- No me voy a probar ropa para perros.

Marido me dice:

- ¿Cómo no te diste cuenta que era una tienda para mascotas?

Y les digo:

- Si quieren vamos juntos para que vean que no les miento, no es para mascotas, es una tienda de ropa infantil. La única referencia al mundo animal es el logo de la marca.

Marido me dice:

- Te lo vengo diciendo, no confíes tus intenciones a los animales. Deberías haberte dejado llevar por una marca que tuviera el dibujo de un niño.
- Las imágenes de los animales transmiten sentimientos que no se traducen en palabras.

Y a Nene le digo:

- Si te ofendí no fue mi intención. Te pido disculpas. Mañana salimos juntos para comprarte un conjunto, en un local que te guste a vos.

Los tres nos quedamos en silencio. Marido fija sus ojos en la panera sin pan. Nene en la textura del nuevo pantalón. Y yo en un punto de la mesa, desde el cual, subida al carozo de una aceituna, le pido a Nene que se pruebe esa ropa porque, aquélla que despreciamos, es la que guarda augurios del futuro.

Después de unos minutos, Nene nos pide que encendamos la televisión y nos quedemos dormidos como todos los días, entonces Marido se aparta de la mesa, la enciende, le da un beso en la frente, le dice: “Feliz Cumpleaños” y regresa a la cocina.

A solas le pregunto:

- ¿Me habré confundido? ¿Querré tener un perro? ¿Me dejé llevar por un disfraz? ¿Desearé organizar una fiesta de disfraces y no me di cuenta antes? Te juro que lo compré con mis mejores intenciones. Temo que Nene se haya ofendido.
- Quizá, deberíamos comprar un perro y decirle que la ropa que le diste era un chiste o parte de una sorpresa.
- No sé qué voy a hacer.
- ¿Qué te parece si vamos a dormir y mañana con la mente más despejada lo resolvemos?

Y, como de verdad estoy cansada, le digo que me parece bien. Pero, cuando vamos al living a mirar televisión con Nene, vemos que no está.

Subo a su cuarto y, como dejó la puerta entreabierta, lo veo vestido con la ropa que le regalé. Después con un marcador dibuja en el espejo el contorno de su cuerpo y escribe al lado la frase: “súper perro”.

Me quedo con esa imagen y siento que me desmayo.

Ropa

Nos levantamos en silencio, desayunamos en silencio. Marido y Nene se visten. Me saludan y, en silencio, se van.

Sola en la casa decido llamar a una amiga por teléfono para contarle lo que ocurrió con la ropa de Nene. Mi amiga no contesta, corto y agarro una libreta y una lapicera que están al lado del teléfono para escribir la lista de cosas que me faltan hacer pero ocurre algo terrible: las palabras no me salen, en su lugar, mancho la hoja con trazos gruesos de tinta y círculos con bocas sin ojos ni nariz. Supongo que es porque estoy nerviosa. Entonces, decido ejecutar acciones, en cambio de anotarlas, como por ejemplo, salir lo antes posible de casa y devolver la ropa de Nene.

Voy a su cuarto busco la bolsa por todos lados y no está. Pienso en que, quizá, la escondió en un lugar al que no llevo o la llevó al colegio para mostrársela a sus amigos. Me siento rara. Que la use no me hace sentir mejor. Soy víctima de la sorpresa que le di.

Decido llamar por teléfono a la facultad para avisar que no voy a ir porque tengo fiebre. Miento. Pero decir la verdad atentaría contra mi carrera. Cómo explicar que no puedo escribir palabras en el pizarrón. Me dicen que deberé compensar la falta con trabajos extras la próxima semana y acato la orden por sentirme salvada de un precipicio interior. Mientras me ducho pruebo escribir mi nombre con vapor sobre los azulejos del baño y luego, en el espejo del botiquín pero no hay caso. Las palabras no llegan a mis manos, “tengo que accionar”, repito y decido ir a la tienda infantil para saber qué ocurrió.

Para la ocasión me pongo una pollera larga azul, una remera gris, zapatos chatos marrones y me pinto las uñas de rosa. Esta ropa me da seguridad porque es la que usé cuando me recibí de bióloga.

Subo al auto y, al cerrar la puerta, me engancho un pedacito de la pollera. Tengo malos presentimientos que logro sopesar pensando en el manto de una virgen a la que el aire protege por albergar momentos de recompensas.

Llego a la tienda y le pregunto a la vendedora:

- Disculpame, la ropa que ustedes venden ¿es para niños o para mascotas?
- Esta ropa es para toda persona, animal, planta u objeto que le guste o la necesite. El estilo New Order cree que el progreso se relaciona con la integración del mundo viviente, entre sí, y, de éste, con el mundo material. Gracias a las telas que utilizamos una prenda se adapta al cuerpo de una niña, de un hombre, de una planta o de un animal.
- Ah...Tus palabras me alivian porque ayer mi hijo se enojó conmigo, diciéndome que le había comprado un conjunto en una tienda para mascotas. El problema es que me dijo que las aberturas de los pantalones y del cuello eran chicas, como así también, que las mangas de la campera eran cortas.
- Y ¿se probó el conjunto?
- Sí.
- ¿Usted lo vio, le quedó bien?
- Sí.
- ¿Entonces?
- Claro, recién ahora, charlando con vos me doy cuenta de que le entró.

– Nuestras prendas parecen una cosa pero son otra. Para el estilo New Order el factor sorpresa es decisivo.

– El estilo de esta ropa me hace pensar en cosas que nunca pensé y, si bien no logro identificar cuáles son, suenan campanas en sitios dormidos de mi cuerpo. Por eso, después de lo que dijiste, quiero llevar un conjunto para estrenarme el día del festejo del cumpleaños de mi hijo. ¿Qué ropa podrías ofrecerme?

– Ya le digo las prendas son adaptables, vea tranquila y luego me dice, qué se quiere probar.

– Es que como es un día tan especial, ¿creés que podrían inventar una prenda para mí?

– Supongo que no va haber problema. Espere que le pregunte al diseñador y le contesto. La empleada me dice que tendré que esperarlo hasta la hora de cierre del local. Entonces, le pregunto si puedo esperarlo ahí mismo, ella me dice que sí y me quedo sentada en una silla con varias prendas sobre mi falda. Mis ojos preparados para el microscopio saben sin lentes, investigar texturas, colores, tramas invisibles.

Cuando llega me dice que estuvo pensando en confeccionar una prenda en el momento porque, de lo contrario, teme no cumplir el pedido.

A la empleada, le pide que vaya a buscar al depósito un carretel de tela que está debajo de la mesa de corte. Mientras tanto me toma las medidas, desde el cuello hasta los pies y desde las manos hasta el ombligo.

La empleada trae un rollo de tela que, de lejos, parece negra y, de cerca, es roja.

El diseñador corta, anuda y me prueba. Me dice que la cantidad de tela alude al período de gestación de Nene y que así acentúa la gracia del peso que llevé y la liviandad presente. Como el estilo aboga por la integración, para él todos los tiempos verbales deben condensarse en una sola prenda.

Por último, me da un lazo trenzado con una hebilla y, antes de irme, me dice:

– Esta pieza sirve para estar cerca de su hijo cuando lo necesite. Una hebilla, un botón bastan para demostrarle afecto a alguien. Fíjese bien que, del lado de adentro de la remera de su hijo, encontrará en una bolsita, debajo de la etiqueta, la otra parte para engancharla.

Salgo de la tienda emocionada porque no puedo creer cómo un simple retazo de tela me hace reconciliar con la madre que soy.

Una vez en el auto, enciendo la luz y pruebo escribir la palabra ropa sobre el comprobante de compra y lo logro. Los nervios de antes parecen haberse convertido en una golosina para el perro con bonete de la bolsa. Ahora comprendo que otra diferencia con Marido es la relación con el mundo animal. Él desconfía de sus imágenes porque las cree faltas de lenguaje mientras que yo, justo allí, encuentro signos que afrontan nuestra incapacidad.

Es de noche, llego a casa y como observo que Marido y Nene están en la cocina, subo rápido la escalera y me pruebo el vestido en mi cuarto. Me miro en el espejo y no sé si me gusta pero me siento distinta. Pienso en que, quizá, el cambio de estilo produzca un cambio más profundo. Y decido dejármelo para que me vean. Bajo la escalera como un animal, me doy cuenta porque encorvo la espalda y las pisadas son certeras y entro a la cocina en la que están Nene dibujando y Marido picando cebollas, los saludo y Nene me pregunta:

– ¿Qué te pusiste?

– Me compré este vestido en la misma tienda que te compré el conjunto a vos. Porque hoy fui para averiguar qué tipo de ropa vendían y me dijeron que es para toda persona, animal, planta u objeto que le guste o la necesite. Son prendas que se adaptan a distintos cuerpos. ¿Te gusta cómo me queda?

– Sí.

Y le pregunto a Marido:

– ¿A vos qué te parece?

– Te ves distinta, causás intriga.

– ¿A qué te referís?

– Como si escondieras algo entre tanta tela.

– Puede ser. El diseñador lo hizo pensando en el momento en el que estuve embarazada de Nene. Con sus creaciones afirma la integración del mundo viviente, material y la totalidad de los tiempos verbales.

Y les digo:

– Con este vestido Nene estaríamos parecidos para recibir un nuevo año de nuestras vidas como madre e hijo.

Nene no me dice nada y Marido me pregunta:

– ¿Te animarás a usarlo?

– Me parece que sí, sino me pongo esta prenda en un festejo, entonces cuándo.

Marido le dice a Nene:

– ¿No le vas a decir algo a mamá?

– No sé si quiero ponerme la ropa que me regalaste.

Le respondo:

– ¿Por qué no vemos cómo te queda?

– Está bien, después me la pruebo.

Marido pide que nos lavemos las manos y nos sentemos a la mesa porque la comida ya casi está lista.

Como no quiero ensuciarme el vestido les digo que subo para sacármelo, ponerme el pijama y bajo.

En el cuarto me descambio y me siento en la cama. Estoy confundida. Pienso en la palabra “intriga” y por ahí empieza el hilo conductor que me una, de una manera distinta, a Marido pero cuál será la palabra que me una, de nuevo, a Nene como cuando estaba embarazada y él se alimentaba y crecía a través de mí. Con el vestido en las manos me digo que al conjunto que le regalé le falta algo, un retazo más de tela o un aplique que represente el tiempo de nuestra primera relación. Al guardar el vestido en el ropero, me digo que aplicarle más tela no lo favorecía a Nene porque parecería un bebé arrollado en una manta. Entonces, pensando en las palabras “hebilla” y “botón” decido colocarle un amuleto a la remera de Nene y la idea de tener que salir mañana a buscarlo me da esperanza.

Voy a la cocina, me siento y le pregunto a Nene:

– ¿Qué tal te fue hoy en la escuela?

– Bien.

– ¿Qué hicieron?

– Nada.

- Cómo nada, hoy tenías música, ¿aprendieron nuevas canciones?
 - No me acuerdo.
 - Hací un esfuerzo.
 - No puedo.
 - Y ¿qué tal lo pasaste con tus amigos?
 - Bien.
 - ¿Están contentos con la fiesta de tu cumpleaños?
 - No les pregunté.
 - Pero ellos ¿te comentaron algo?
 - Creo que no.
 - ¿Les mostraste la ropa que te regalé?
 - No.
 - Pensá que uno con los regalos puede hacer distintas cosas: olvidarlos, usarlos, recordarlos, guardarlos, regalarlos, redecorarlos.
- Recién en ese momento Nene levanta la mirada del plato y me pregunta:
- ¿Me dejás hacer lo que yo quiera con la ropa?
 - Sí.
- Nos quedamos en silencio y sonreímos.

Cotillón

Dormí profundamente pero cuando me levanto no me siento embotada, al contrario, una nube blanca invade mi mente suspendiendo así los problemas.

Me pongo las pantuflas para bajar a preparar el desayuno y, cuando veo la luz de la mañana entrar por la ranura de la ventana de la cocina, me doy cuenta de que cómo no me voy a sentir bien si me fui a acostar con la idea de recrear el conjunto de ropa que le regalé a Nene y, mientras saco la botella de leche de la heladera, pienso en que acaso la felicidad consista en tener tiempo blanco para que surjan las soluciones frente a aquello que nos inquieta.

Sirvo el café y repito en voz baja la palabra “amuleto” y sonrío.

Marido y Nene entran a la cocina y, como hoy no les presto atención a sus palabras porque tengo un secreto en mente, mi silencio toca un timbre y hace que Marido me diga:

- Se nota que dormiste bien, tenés la cara despejada.
- Sí, creo que pasear hace que me distraiga y piense por ejemplo, en qué sensaciones estrenaré con el nuevo vestido.

Nene me pregunta:

- ¿Cuántos días faltan para el festejo?
- Tres días y todavía tenemos mucho por hacer. ¿Querés que hoy te pase a buscar por el colegio así me acompañás al negocio donde venden cotillón?
- Me da igual.
- ¿Y si te espero con un cuaderno de hojas lisas y fibras nuevas para que dibujes durante el viaje?
- Puede ser.
- Perfecto, entonces quedamos.

Retiramos las tazas de la mesa y las dejo sin lavar. Mientras Marido se ducha, Nene se cepilla los dientes. Mientras Marido se viste, Nene prepara su mochila. Mientras Marido sacude su portafolio y ordena el dinero dentro de su billetera, Nene se viste.

Yo me pongo un pantalón negro, una remera roja, botas negras y un broche en el pelo que tiene la forma de un pájaro. Cuando estoy por agarrar el bolso me doy cuenta de que estoy vestida con los mismos colores del vestido que me compré ayer y me siento parte de una bandera que está creándose en el interior de una casa, de una familia.

Hoy salgo antes que ellos y, mientras manejo rumbo a la facultad, pienso en qué amuleto pasaría desapercibido en la remera de Nene: “tiene que ser blando y pequeño pero no se me ocurre qué, quizá cuando vayamos a la tarde a ver cotillón, encuentre algo que me inspire”.

Después de dar clases, paso por un kiosco para comprar un cuaderno y una cajita de fibras. En doble fila, le hago señas para que suba rápido así tenemos tiempo de recorrer, tranquilos, algunos negocios.

Una vez que entra, me mira fijo y me pregunta:

– ¿Dónde está lo que me prometiste?

– Están allí, adentro de la guantera. Además te compré un jugo y un paquete de galletitas.

– ¿Y dónde vamos?

– Vamos a ir a un negocio en el que venden cotillón importado porque quisiera comprar una piñata y unos suvenires distintos a los que nos propuso Anfitriona para darles a tus amigos.

– ¿Puedo ir con vos?

– Me encantaría pero ¿no te gustaría que fueran una sorpresa para vos también?

– ¿Y entonces para qué vine?

– Para acompañarme.

– No, para quedarme en el auto.

– Está bien, vamos juntos.

Dejamos el auto en un estacionamiento y caminamos como campanas gastadas hasta el negocio. Entramos y le pedimos a la empleada que nos muestre piñatas y suvenires.

Ella nos dice:

–Tenemos esta piñata de Escocia, esta de Nueva Zelanda, esta de Estados Unidos y esta de China. La de Escocia se llena con agua y se le coloca un pez adentro, cuando se pincha los chicos tienen que atraparlo y guardarlo en esta bolsita hasta llegar a la casa. La de Nueva Zelanda lleva copitos de nieve de distintos sabores. La de Estados Unidos tiene una estrella de plástico y quien la atrapa participa de un sorteo para ser parte de la N.A.S.A. La china lleva figuritas con luces.

Pero claro, cuando le pregunto los precios son descomunales. Entonces, le pido que nos muestre suvenires y dice que los únicos que le quedan, hasta mañana que reciben nueva mercadería, son mascotas de siliconas que se mueven con música. Insisto en verlas y nos muestra perros azules con luces rosas que se mueven con música carioca, loros amarillos con luces naranjas que se mueven con salsa y conejos blancos con luces verdes que se mueven con cumbia.

Pero, cuando le pregunto, los precios son exorbitantes también.

Para no desilusionarlo a Nene pido ver velas y la empleada explica:

– Estas llegaron ayer de China y funcionan de la siguiente manera: al que cumple años se le coloca este aparatito en la boca y cuando los invitados están por terminar la canción del feliz cumpleaños, el homenajeado debe encender las velas en cambio de apagarlas. De esta manera, los chinos reivindican la importancia que tiene el homenajeado en sus deseos y, al dejar que se apaguen solas, el tiempo que llevan los mismos en concretarse. Le pregunto a Nene si le gustan y me dice que sí y llevamos cinco velas multicolores.

Salimos del negocio y le pregunto a Nene si le gustó el cotillón y dice:

– No entiendo por qué la magia cuesta tanto dinero.

Cuando llegamos al estacionamiento y subimos la rampa para buscar el auto, en lo único que pienso es que el esfuerzo que significó alquilar la Antigua Casita compense la magia de las chucherías que no pudimos comprar.

Nene sube al auto, busca el cuaderno, las fibras y se pone a dibujar.

Enciendo la radio y me dejo llevar por la música que me dicta que conduzca hacia otro lugar que no es nuestra casa.

En un momento dado Nene me pregunta:

– Y, ahora, ¿adónde vamos?

– Te vas a enterar más adelante. ¿Querés seguir dibujando mientras viajamos?

– No sé.

– ¿Querés charlar?

– ¿Sobre qué?

– Sobre algo que quieras contarme.

– Prefiero mirar por la ventanilla porque afuera encuentro palabras.

Nene se queda en silencio. Por un momento, pienso en manejar hasta descubrir en qué rincones de la ciudad él las registra pero no, me concentro en mi secreto, me dejo llevar por la música y voy girando hacia un lado. Después de pasadas las treinta, repito la operación, hacia el otro. La radio conduce el auto. La radio conduce hacia el secreto. La radio se convierte en la madre de Nene.

Después de tantas vueltas el auto se para. Me bajo para averiguar qué ocurre y Nene dice:

– Llamalo a papá para que nos venga a buscar.

– Quedate tranquilo, le digo, mientras lo miro.

Nene agarra el cuaderno, las fibras y retrata la situación.

Recién en la vereda observo que el auto se paró enfrente de un hospital y creo que no es casualidad.

Retomo las características que debía tener el amuleto para la remera de Nene “blando”, “pequeño”, con la consistencia de una silicona, entonces bajo el capot del auto, le digo a Nene que me espere un momento y camino hacia el hospital. Entro y me dirijo hacia el fondo hasta que veo un cartel con una flecha que indica que, doblando hacia la derecha y luego hacia la izquierda, está el contenedor de desechos orgánicos. Dentro de él hay un compartimento que dice: “Maternidad”. A este sitio debía llegar, el amuleto para la remera será un segmento de placenta al que, luego, protegeré para que pase inadvertido cerca del corazón de Nene. Saco de la cartera dos lapiceras y un pañuelo. Con una mano las sostengo como si fuesen palitos chinos y con la otra el pañuelo como si fuera un guante. Después, abro el compartimento y extraigo un fragmento de tejido que aún titila

como si fuera una estrella en una bolsa de basura y lo coloco dentro del paquete de galletitas que ahora está vacío.

Entro a un bar ubicado al lado del hospital y voy al baño. Allí, lleno el paquete de galletitas con agua, con la intención de que continúe latiendo hasta llegar a casa y comprender, si es que existe, el mecanismo, a través del cual, este segmento podría seguir viviendo.

Salgo y camino hacia el auto. No pasaron más de veinte minutos y Nene me pregunta:

– ¿Fuiste a buscar a un mecánico? ¿Cómo vamos a volver a casa?

No, le respondo. Entro, lo enciendo y arranca.

Nene pregunta:

– ¿Qué hiciste para que funcionara?

– Nada. A veces, pasa que hay que darle tiempo al motor.

No enciendo la radio ahora. Volvemos a casa. En un semáforo en rojo observo mi bolso temblar. Pienso: “es una alucinación, no es real”, el semáforo se pone en verde y sigo, pero presiento que los movimientos son cada vez más tenaces, entonces freno en el semáforo en rojo siguiente y lo abro. El segmento de placenta, ahora, se diseccionó en miles de partículas. Parecen lombrices cortadas, babosas, medusas sin luz. Pero como temo que Nene sospeche cierro el bolso y sigo manejando. Y me digo: “dicen que la vida trae vida, algo bueno tendrá que pasarnos”.

Llegamos a casa y Marido sale enseguida a abrirnos el portón del garaje porque se hizo de noche y ya estaba un poco preocupado.

Nene está dormido. Marido lo saca del auto y lo acuesta en su cama.

Yo aprovecho para subir al mío y esconder el secreto del festejo en un alhajero que ubico en la parte de atrás, del último estante del ropero.

Me ducho, me pongo el pijama y bajo.

Marido me espera con la comida servida y me pregunta:

– ¿Cómo lo pasaron?

– Muy bien.

– ¿Por qué tan bien?

– Porque me sentí feliz sin proponérmelo. Será porque pude estar con Nene toda la tarde dando vueltas en el auto.

– ¿Y cómo lo pasó Nene?

– Espero que bien. A mí me gustaría estar más unida a él, sentirme comunicada profundamente.

– No tenés que preocuparte, viste cómo son los chicos.

– Pero, a veces, lo siento tan extraño a mí, a nuestro amor, a nuestra historia que necesito hacer cosas para pertenecernos.

– Es una cuestión de tiempos, ya vas a ver cómo te demostrará cariño cuando sea más grande. ¿Y compraste lo que querías?

– Lo único que pude fueron las velas, porque lo demás costaba carísimo. Pero son unas multicolores y extrañas porque son los homenajeados los que deben encenderlas y no apagarlas, de esta manera, como vos decís, se les da tiempo a los deseos para que se cumplan.

Los dos nos quedamos mirando un punto fijo entre la mesa de la cocina y el horno.

Le pregunto a Marido qué tal fue su día y me dice que la única novedad fue que lo llamó su madre para sugerirle que festejáramos el cumpleaños en su casa. Ella teme, en palabras de Marido, que la lejanía ahuyente a los invitados. Entonces, le pregunto qué le contestó y él me dice que lo iba a consultar conmigo y luego, la iba a llamar o que la llamara yo directamente. Le pregunto, más allá de mi opinión, qué piensa él sobre la lejanía de la Antigua Casita y dice que le da igual, el problema será cómo llegarán los compañeros de Nene cuyos padres no disponen de autos. Le digo que faltan varias cosas por resolver y que la más importante son los llamados para corroborar si las invitaciones enviadas por correo llegaron correctamente. Pero cuando le digo esto, con un tono que guarda relación con una pregunta más que con una afirmación, él se levanta de la mesa, abre la heladera, guarda la jarra con agua, la mantequera, el queso y se pone a lavar los platos como diciéndome: “encima que lavo los platos, me pedís que devuelva los llamados que recibimos el otro día”.

Y, mientras me da la espalda, pienso: “necesitaría que, por un tiempo, las tareas de la crianza y de la casa fueran al revés: Marido debería encargarse de aquellas que apelan a las palabras y yo dedicarme a las que apelan al silencio. Así, él hablaría con las maestras, los padres de sus amigos, los médicos de Nene y yo lavaría los platos, picaría cebollas, miraría la televisión”.

En un momento se cae un vaso de vidrio que estaba en el borde de la piletta de lavar y el ruido me hace concentrar en los restos de comida que no pude terminar. Miro el cartílago de un pedazo de pescado sumergido en una montañita de puré e imagino los platos componer un menú: un vecino saca la pala del galpón del patio para cavar un pozo y enterrar mi secreto. Después desenrolla una manguera y lo riega. Después lo protege con cuchillos de plata. Después escucho que Marido termina de lavar una cacerola pesada y el ruido me despabila y pienso en la palabra “cría”. Fijo la mirada otra vez en los restos de comida y digo: “pez, pulga, ameba, microbio”. Él se da vuelta para retirar mi plato, mi vaso y me pregunta:

– ¿Te pasa algo que te quedaste callada?

– Nada, ¿por qué?

– Estás rara, como si una parte de tu cuerpo estuviera dormida y la otra despierta.

– Puede ser, estoy cansada.

Pero justo cuando digo esta frase vemos que Nene se levantó y está con nosotros en la cocina y nos dice:

– Me duele la panza por eso bajé.

Le digo:

– Seguro que es porque no comiste nada.

– No quiero ir al colegio mañana. Me quiero quedar acá.

Y, cuando termino de responderle que está bien, pienso en que corro el riesgo de que descubra el secreto. Entonces, a los dos les digo que voy a subir para buscar un jarabe para el dolor de Nene y de paso acomodo las camas.

Una vez en el cuarto, me fijo cómo están los pedacitos de placenta y presiento que les faltan luz y agua para seguir latiendo. Dentro de un cajón coloco un velador a pila y una jeringa dada vuelta para que los moje. Después lo trabo con un pulóver fino para que llegue aire y, antes de ir a la cama, le grito a Nene:

– ¡Subí que te separé el remedio! ¡No comas si no tenés hambre!

Y me quedo dormida en mi cama mirando un libro sobre células y sueño con la palabra “sueño” que significaba que Nene ya tenía edad de recordar su ropa, por eso le cortaba flecos a la botamanga del pantalón, escribía la palabra “indio” en la manga de la campera y dibujaba pétalos rotos por disparos en la parte de adelante de su remera.

A la madrugada, me levanto de golpe porque escucho gritar a Nene.

Voy a su cuarto y lo veo acostado boca abajo con las dos manos sobre su estómago. Le pido a Marido que lleve el jarabe al cuarto de Nene, le doy una cucharada y me siento en su cama para hacerle masajes pero él dice que los dolores se le pasan con dibujos, entonces, me pide que lo toque como si estuviese dibujando. Nene cierra los ojos y delinea un indio montado a caballo, un indio cazando a un animal, un indio con una india, una india con un mortero entre los pies, a los dos debajo de un limonero, a una india teniendo un hijo, a los tres en una casa de barro, al bebé indio recostado sobre una manta tejida con hojas de eucaliptus. Al cabo de una hora a Nene se le pasa y se queda dormido.

Amigo

Hoy es jueves y Nene me pide faltar al colegio porque no se siente bien. Acepto que no vaya y, mientras Marido prepara el desayuno, llamo a la facultad para decir que no voy a poder ir porque mi hijo está enfermo. Me dicen que no me quedan más faltas hasta dentro de dos años, sino, aclara la secretaria académica deberé buscar otro trabajo. Cuando corto el teléfono se me cruza la idea de mudarme.

Nene recostado en el sillón, toma mate cocido, en una taza de porcelana con forma de león que le regaló mi mamá, mientras mira la televisión apagada.

Marido me trae un café y desayunamos los tres en el living. Es increíble cómo la enfermedad nos saca de la rutina para bien y para mal porque, recién sentada aquí y, luego de abrir las ventanas, me doy cuenta que este es el único lugar de la casa en el que entra el sol a la mañana. Entonces me pregunto: “¿cómo es posible que durante todos estos años hayamos desayunado en la cocina siendo el último lugar iluminado?”

Marido me pregunta:

– ¿No te parece que deberíamos dejar en manos de Anfitrióna los detalles que faltan?

– Es que si así fuera sentiría que delegué en ella algo de mi incumbencia.

– Lo digo porque quedan pocos días y quién resolverá las cosas que restan por hacer.

– Quizá hoy, que me quedo aquí, pueda avanzar con los llamados. Porque, como te dije, la piñata y los suvenires son imposibles de comprar.

– Lo más importante son los llamados, hazelos, por favor. Y me quedé pensando ¿No sería simpático alquilarles un muñeco inflable para que salten? Ésta sería una opción para aprovechar el parque. De lo contrario, no encuentro diferencia entre haberlo festejado en casa y festejarlo en la Antigua Casita.

– Es una buena idea, hoy mismo llamo.

La luz que entra por la ventana nos hace hablar con Marido. Nene mira su cara de dolor en la pantalla de la televisión. Después Marido se baña, se viste con una camisa con rayas finitas celestes y un pantalón blanco. Se pone perfume, me saluda con un beso en la frente y se va. Le digo que los colores del cielo en su ropa me hacen quererlo más.

En la casa con Nene siento la responsabilidad convertida en una espada que no pincha papeles en mi mente sino que, con ella en mi mano, puedo limpiar. Así arrastro las tazas del desayuno hasta la pileta de la cocina y doy vuelta las sillas para apoyarlas sobre la mesa y barrer.

A media mañana suena el teléfono, atiende Nene y, como no me llama, supongo que es para él. Pero, como escucho, al cabo de diez minutos, que sigue conversando y nunca habló tanto tiempo, me acerco al living para ver si está bien. Para no interrumpirlo disimulo limpiar, con una gamuza colocada en la punta de un arma invisible, los estantes de la biblioteca y el perchero de pie y, en ese momento, percibo un diálogo en el que Nene responde: “no debe ser difícil transformar la ropa para salir en un disfraz o un disfraz en un ropa para salir. (Silencio/ respuesta de la persona que llamó). Sí, creo que podría hacerlo perfectamente. Además, tengo los materiales. (Silencio/ respuesta de la persona que llamó). Vení a mi casa. (Silencio/ respuesta de la persona que llamó). Esperá.

Y me pregunta:

– ¿Puede venir Amigo que también faltó al colegio para hacerme compañía?

– Sí, claro. Preguntale si lo trae su mamá.

Y, como Amigo le dice que sí, después de media hora llega a casa.

Juntos se encierran en el cuarto. En el único momento que los veo bajar es cuando van al jardín a jugar a que son dueños llevados por perros dibujados y desprendidos de la ropa. Me di cuenta del juego porque escuché que Amigo le decía a Nene: “es increíble como los recuerdos de la ropa te pueden llevar tan lejos”. Y Nene respondía: “no son los recuerdos Amigo, son los nuevos dibujos sobre la ropa usada”.

La quietud contrasta con mis nervios. Me cuesta en una casa, un aula, un auto ser fuerte para emprender tareas pequeñas como por ejemplo, hablar por teléfono. Es el afuera el que me vuelve valiente de golpe, como si el sólo hecho de saber que respiro aire, que no conozco, me obligara a defenderlo. Pero hoy no puedo irme porque tengo la responsabilidad de cuidar a Nene y a Amigo. Entonces, abro las ventanas, la puerta de la cocina que da al jardín, las de los roperos, la del botiquín del baño, la de las alacenas, las tapas de los alhajeros. Y me siento igual. Supongo que se trata de seguir abriendo cosas que están cerradas y continúo con la casetera, la disquetera, la videocasetera, las camas, el cajón de los cubiertos, los bolsillos de las camperas de lluvia de los tres, las hebillas para el pelo, los libros de la biblioteca, los álbumes de fotos, las canillas. La casa se ve diferente pero sigue siendo la misma. El sonido del agua y, cada tanto, los gritos de los chicos me recuerdan a los de la calle. Recién, en ese momento, decido vestirme con ropa de entrecasa y prepararme un té. Me pongo un short de algodón rayado azul, rojo y blanco que tiene un agujero en la cintura, al lado del botón; una remera roja con la siguiente inscripción en color negro: “ignore me” y unas ojotas negras. Bajo, camino hacia el living, observo el teléfono, luego el sillón y pienso: “si me siento me voy a desanimar totalmente”. Por mi mente pasa una flecha con la palabra “tener” grabada en la punta. Y hago pasar en dirección contraria otra flecha con la palabra “muñeco inflable”. Esta imagen renueva la forma en la que estoy parada. Y pienso en que sería una buena idea alquilar uno de éstos para aprovechar el parque de la Antigua Casita y para que los chicos descarguen energías, al no poder correr, por todo el predio.

Logro sentarme, buscar el teléfono en la guía y llamar:

- Hola, buen día, ¿hablo con la casa de los muñecos inflables?
 - Sí, ¿qué desea?
 - Llamo para averiguar por el alquiler de uno para el domingo, habría que llevarlo a la Antigua Casita, un lugar a veinte kilómetros de aquí.
 - Ah sí, la Antigua Casita...la conozco. Y ¿Cuántos años cumple su hijo o hija?
 - Es varón y cumple cinco años.
 - Perfecto para esa edad ofrecemos: castillos, flechas, coronas y dragones.
 - ¿Recomienda alguno en especial?
 - Todos tienen su encanto pero el que más se alquila es el dragón porque cuando los chicos saltan, el animal abre la boca y exhala humo y, cuando ellos se quedan quietos, la cierra.
 - ¿No les dará impresión el hecho de no poder salir si se quedan quietos?
 - No, porque el poder lo tienen ellos, saltan otra vez y listo.
 - ¿Y cuál me recomienda?
 - Si me dice que es varón y cumple cinco años, le llevaría el dragón para cerrar una etapa de evolución de la fantasía. A partir de los seis años prefieren las flechas porque tienen más noción de los enfrentamientos.
 - Me convenció, entonces le pido que lo lleve el domingo antes de las 17 hs. ¿Sabe cómo llegar?
 - Sí, claro, el camino lo sé de memoria.
 - ¿Tiene alguna referencia del lugar?
 - Dicen que es un lugar precioso pero nadie conoció la totalidad del espacio.
 - ¿Tiene idea por qué?
 - Supongo que es por las mismas dimensiones.
 - Yo no quise conocerlo por ese motivo. El paisaje me hizo hundir los zapatos en el barro y retroceder con mi mente a la cocina de mi casa. Bueno, quedamos así, cualquier dificultad me llama. Tome nota de mi número de teléfono, por favor.
- Corto y pienso en la conversación. Antes de hablar dije una cosa en relación al aire y, durante la misma, hacia el final dije una diferente.
- Es que en el parque de la Antigua Casita me sentí como si estuviera adentro de algo: un aula, un auto, un cajón. Este pensamiento se interrumpe porque veo que Amigo y Nene están en el jardín jugando a que son perros, imitan ladridos, saltan para olfatear platos con comida que dispusieron sobre banquitos y toman agua de la canilla que utilizamos para baldear la vereda y el garaje. Me acerco y veo la remera que le regalé a Nene tirada en el piso, cerca de la puerta ventana que comunica la casa con el jardín. Pienso que es una señal para que me la lleve, sin que se den cuenta y, comience, ya que tengo tiempo, a recrearla con las células que conseguí.
- Abro la ventana, me agacho para agarrarla y Nene me pregunta si puedo llamar a la mamá de Amigo para decirle que venga a la tarde, así se puede quedar a almorzar. Le respondo que lo voy a intentar. Y, con la remera hecha un bollo en la mano, subo a mi cuarto. Sobre la cama coloco la prenda a la que estiro para sacarle las arrugas. Después abro el costurero y me pregunto si las células se dejarán coser con las agujas comunes o deberé comprar otras. Después bajo de la baulera una bolsa con retazos de telas de distintos colores. Después destrabo el cajón cerrado con el pulóver fino y saco la cajita de madera

más pequeña con las células. Para inspirarme necesito música, entonces, enciendo la radio y ocurre algo increíble: ellas comienzan a moverse como si estuvieran patinando sobre hielo. Y pienso: “quizá la relación con mi hijo prospere gracias a que siga el hilo de la involución, ¿esta sería una comunicación New Order?”

Dejándome conducir, por lo que ellas proponen, decido cortar dos cuadrados de seda natural, uno blanco brillante y otro azul claro. Luego, los coso como si fuesen partes de un sobre. El cuadrado blanco irá pegado al pecho y la parte azul se verá de frente. Este sería un sobre pista de patinaje o una pista de patinaje convertida en un sobre. Al ver cómo se mueven pienso en que deberán ir sueltas en el interior de esa nueva cavidad y que, por lo tanto, no voy a necesitar agujas especiales.

Ocurre que, cuando las dispongo sobre la tela, las células paran de moverse. Entonces sentada en la cama me pregunto: “¿existirá una batería que permita musicalizar toda una vida?”

Lo primero que hago es ir al cuarto de Nene y buscar los juguetes que le regalé años anteriores y dejó de usar: un teléfono de plástico verde, un auto rojo de tres puertas, un libro con los sonidos de los animales de la selva y un conejo blanco que toca el tambor. Luego, los pruebo para saber si las pilas todavía funcionan y, como lo siguen haciendo, descompongo los regalos y se las quito. Con ellas, vuelvo hacia mi cuarto y las coloco en un walkman de bolsillo, en el que, previamente, dispongo un mini casete virgen. Y ocurre lo siguiente: son las pilas las que graban los sonidos de antes en la cinta de ahora pero con una diferencia y es que el aparato registra, también, el eco de la casa. El resultado es extraño, moderno y antiguo, cálido y frío, de plástico y piel, plástico y ladrillos, personas y juguetes, niños y padres. Así es que se las hago escuchar a las células y ellas vuelven a deslizarse como si estuvieran patinando sobre hielo. La imagen condensa lo que busco: yuxtaponer sobre la base fría de la comunicación con Nene zapatos imaginarios que nos protejan para dejarnos llevar por reminiscencias instrumentales más que por las palabras. Como tengo tiempo, porque no es la hora del almuerzo y los chicos siguen jugando en el patio, experimento poner música de los tres para observar cómo reaccionan. Y pasa que si con un casete de Marido, Nene y mío por separado se quedan quietas pero, en cambio, si coloco los tres juntos, en tres equipos distintos, vuelven a desplazarse o a bailar, según desde qué perspectiva y desde qué altura se las mire. Saco la conclusión de que más que la música, el aire que ellas necesitan para seguir vivas son los sonidos distorsionados por superposición. Entonces, grabo durante veinte minutos fragmentos de la música de los tres. Una vez que la cinta está lista, le saco la carcasa al walkman de bolsillo para que sólo quede su esqueleto. Después, realizo ocho perforaciones con un destornillador eléctrico para que entren la totalidad de las pilas de los juguetes en desuso, con la intención de que esta remera acompañe a Nene por la mayor cantidad de tiempo posible. Coso con hilo sisal transparente el esqueleto del equipo al cuadrado azul y a éste con el cuadrado blanco. Pero, una vez que doy por terminada la primera parte, me doy cuenta de que quizá las células sigan necesitando agua y luz, entonces para no descoser el trabajo, realizo dos perforaciones minúsculas, una para que respiren y otra, a la que le coloco un gotero para que se mojen y tomen agua.

Más tarde, coso el artefacto a la remera de Nene pero, como queda un bulto justo en el pecho, disimulo el secreto con una goma espuma, a la que recorto en forma de nube y

pinto de blanco y amarillo para que se funda con los colores que la sostienen. Por último, la doblo, la envuelvo en una bolsa de nylon transparente, la meto en una caja de madera y la guardo esta vez en el mismo cajón en el que estaba antes.

Son las doce menos cuarto del mediodía y escucho que Nene me pregunta gritando desde afuera:

– Mamá ¿falta mucho para almorzar?

– No, ya bajo a cocinarles algo.

Cuando termino de decir la palabra “algo”, abre la puerta Marido, escucho que deja las llaves sobre la mesa del teléfono, se lava las manos y sube a nuestro cuarto y pregunta:

– ¿Qué significa este lío?

– Es parte de un experimento comunicacional.

– ¿Para quién?

– Para Nene. Espero que le guste, es un obsequio para su cumpleaños.

– ¿Lo puedo ver?

– Todavía no, es una sorpresa. ¿Qué hacés a esta hora en casa?

– Es que se canceló una reunión y pensé que lo mejor era almorzar con ustedes. ¿Hay algo para comer?

– Pensaba hacer una tortilla de papas. Si esperás un minuto que ordene, bajo y comemos juntos. Quizá se quede Amigo también.

– ¿Amigo está en casa?

– Sí, ¿no los escuchaste jugar en el jardín?

– No.

– En un rato tendría que llamar a la mamá para preguntarle si lo deja quedarse.

– Si querés cocino yo mientras vos ordenás.

– Está bien, pero antes de que bajes te quiero mostrar algo. ¿Mirá lo que encontré?

– ¡No lo puedo creer!

– Sabía que te ibas a poner contento.

– ¡Ponelo, por favor!

Coloco en el equipo de música el casete favorito de Marido y, enseguida, ni bien escucha el primer acorde, me saca a bailar. Mientras me muevo lento abrazada a él, pienso que la ropa nos llevará a sitios desconocidos y placenteros. Suelto los brazos y sigo moviendo los pies. Soñar es dejar, en manos de nuestras pertenencias, cosas que no podemos decir.

Giro la cabeza hacia un lado y hacia el otro, arriba y abajo. Recobrar la unión familiar en células que adoptamos. Ahora muevo los brazos y dejo quietos los pies. Comunicarse es aceptar la involución de las palabras. Contorsiono el tronco hacia adelante y hacia atrás, la cabeza, las manos y los pies acompañan el vaivén. Serle fiel a algo es recrear la espontaneidad de lo perdido. Repito el vaivén. Soy una madre que espera y tarda en devolver llamados. Marido me mira. Lo miro a él. A lo mejor pronunciamos palabras con la intención de que nos escuchen las estrellas.

Se termina el tema musical y abre la puerta del cuarto Nene y nos pregunta:

– ¿Qué están haciendo?

– ¿Querés bailar con nosotros?

– Sí, pero Amigo está abajo, lo voy a buscar.

Marido rebobina el tema que recién terminó y seguimos. Pero, ahora, mientras los brazos siguen el compás, nuestras miradas se fijan en los objetos de las mesitas de luz, en los libros, los zapatos, las bolsas que siguen abiertas arriba de la cama.

Antes de que termine la canción, Marido sube los brazos como si quisiera tocar el cielo con las manos. Ese gesto me hace sentir acompañada en relación a la nube que fabriqué. Y pienso: “la música siempre le será fiel a la ropa, aun cuando lo vivido traicione el recuerdo de las dos”.

Y cuando el tema termina, escuchamos el timbre que sonó.

Marido dice:

– Vos quedate acomodando, voy yo.

Y es la Mamá de Mejor Amigo de Nene que viene a buscarlo para almorzar.

Dejo el cuarto tal cual está, bajo y me pongo a charlar con ella:

– Hola, qué tal, vení, pasá, sentate.

– ¡Qué casualidad que los dos se hayan sentido mal! ¿No?

– Nene faltó porque ayer tenía dolor de estómago y hoy tampoco estaba del todo bien. ¿Y por qué faltó Amigo?

– Me dijo que estaba cansado nada más y, como no tenía que salir a ningún lado, le dije que podía quedarse en casa.

– Quería preguntarte: ¿recibiste la invitación para el festejo del cumpleaños de Nene?

– No.

– Pero si te la mandé por correo electrónico hace, no sé, dos o tres días.

– No me llegó nada.

– ¡Uy! Me empiezo a preocupar.

– ¿Por qué?

– Porque es el domingo y temo que nadie se haya enterado.

– ¿Necesitás ayuda?

– Sí. ¿Te parece que vayamos juntas a la salida del colegio para hablar con los padres?

– Me parece bien. ¿Dónde se va a hacer?

– En un lugar que se llama la Antigua Casita, a veinte kilómetros de aquí.

– Estás en problemas porque solamente faltan dos días. ¿No llamaste a los invitados para saber si habían recibido los correos?

– Lo intenté pero no pude, tuve que resolver otras cosas.

– Si te parece nos encontramos a las cinco en punto en la puerta del colegio y les decimos que no los llamaste antes porque se te rompió el teléfono. Todo se puede solucionar a partir de una mentira sencilla. ¿Necesitás algo más?

– No, gracias. Escucharte me da seguridad. ¿Querés dejarlo a Amigo para que almuerce con nosotros?

– Bueno, si él quiere y no tienen problemas, me parece bien.

Le preguntamos a Amigo si se quiere quedar y dice que sí.

Nos despedimos de la Mamá del Mejor Amigo de Nene y le digo a Marido que subo a terminar de ordenar el cuarto y enseguida bajo para cocinar. Pero él me dice que ya está preparando el almuerzo y que nos llamará en un rato.

El día transcurre tranquilo hasta que a las cinco menos veinte de la tarde, Nene y Amigo se suben al auto para corroborar si los invitados recibieron, correctamente, la invitación.

Cuando llegamos vemos que la Mamá del Mejor Amigo de Nene nos espera en la puerta con un megáfono en la mano. Nos acercamos y le digo:

– Creo que no va ser necesario.

– Sí, vos fijate cómo un objeto que amplifica, a la vez, simplifica un problema.

Nene y Amigo lo quieren agarrar pero ella lo defiende como una cosa milagrosa. Suena el timbre y, en cuanto ve que se acercan los chicos de la sala de cinco años, dice por el megáfono:

– Su atención por favor, pedimos a los padres de sala de cinco acercarse hasta aquí.

Tenemos que conversar sobre un festejo.

Es increíble cómo, en apenas cinco minutos, logra resolver lo que a mí me llevó tantas horas. Aunque soy consciente de que todavía me falta llamar a la familia.

Cuando llegamos a casa, salimos al jardín y veo que el pantalón y la campera que le regalé a Nene están sobre una maceta, entonces le digo:

– Me alegra saber que jugaste con la ropa que te regalé.

– Pero falta la remera. ¿Qué pudo haber pasado?

– Seguro quedó en tu cuarto. No te preocupes ya va a aparecer. ¿Qué te dijo Amigo del conjunto para estrenar el día del festejo?

– Nada.

– Se ve que les gustó porque si no, no hubieran jugado con ella.

– Pero usarla para jugar es una cosa pero usarla para el festejo, es otra. Mamá ¿por qué te gusta festejar?

– Porque es una ocasión en la que celebramos tu nacimiento.

– Para mí un nacimiento no tiene nada de especial.

– ¿Cómo podés decir eso?

– ¿Cómo puede ser así algo que no se recuerda?

– Quizá lo extraordinario es festejar un recuerdo no recordado, en un intento de hacerte saber que existe porque estás aquí.

– Pero es un festejo para tu recuerdo no para el mío. Yo festejaría otras cosas.

– ¿Por ejemplo?

– El día que me quedé a dormir en la casa de Amigo, el día que perdí una carrera de autos en el patio del colegio, el día que dibujé un perro tan real que, después de terminarlo, no creí haberlo hecho yo.

En un momento, Marido sale al jardín con una jarra llena de agua para regar las plantas y le pregunto:

– ¿Qué acontecimientos festejarías vos?

– Que alguien me regale una entrada para ir a un recital, completar la colección de anuelos, cambiar el auto, esas cosas...

– Nene festejaría el tiempo pasado y vos el futuro, cosas fortuitas.

Nene me dice que no sabe el significado de la palabra “fortuita” y, mientras junto juguetes y descuelgo la ropa, miro la sogá y le digo: “es algo azaroso, accidental, que puede o no suceder”.

Soy la que une, a través de la ropa presente, los tiempos de sus sueños.

Cenamos algo así no más y, antes de ir a ver televisión, sabiendo que nos vamos a quedar dormidos, Marido me pregunta:

– ¿Devolviste los llamados?

– Estoy en eso.

Pero esa pregunta hace que no me den ganas de quedarme con él y decida subir a mi cuarto. Como si, profundamente, esperara que los hiciera por mí, en cambio de preguntarme o, lo que es lo mismo, se preguntara por qué debería hacerlos yo y no él. Pero la respuesta está implícita, fue mi decisión crear este festejo.

Sueño

Hoy es viernes y me levanto con una sensación extraña. Antes de bajar a preparar el desayuno y hacer la lista de cosas para cargar en el auto para el domingo, escribo el siguiente sueño, en el único cuaderno que tengo a mano, que es el que llevo a la facultad: practicaba un nuevo deporte que se llamaba sakamoto, el mismo consistía en hacer piruetas sobre dos elásticos que atravesaban las dos ventanas más altas, de dos edificios opuestos. Los discípulos eran jóvenes pelirrojos que usaban anteojos y remeras verdes seco con una Y roja en la parte de adelante y una O en la parte de atrás. Debíamos dedicarle bastante tiempo a la concentración, antes de dar el primer salto porque, de esa exactitud, dependían nuestras vidas. El chico más lindo tenía miedo de hacer las piruetas y yo lo miraba como diciéndole: “estoy acá para alentarte pero, si no podés no pasa nada, es preferible que respetes tu miedo a que sucumbas”. Él se avergonzaba, aferraba el elástico con las dos manos y apoyaba su cabeza sobre el marco de una ventana. Después me tocaba a mí y me miraba como diciéndome: “vos tampoco saltes porque tengo miedo de que te pase algo”. Y ese amor, mediado por la distancia y la mudez o ese miedo mediado por el amor mudo, me paralizó y la segunda vez que me tocaba saltar, no lo hice. Los chicos más que enojarse, se reían y me decían que arriesgarse era apuñalar al vacío y que para eso había que estar preparado.

Después el más lindo me tomaba la mano y me preguntaba:

– ¿Qué le pasó a tu ropa?

Y cuando me la veía estaba rota, agujereada y le decía:

– ¿Sabías que era nueva, recién comprada? pero se ve que vino fallada y no me di cuenta.

– O, por ahí, te la enganchaste cuando saltaste la primera vez.

– ¿Me podrías acompañar para ver si me la pueden cambiar?

– Sí, claro.

Fuimos en bicicleta hasta el negocio, le conté a la empleada lo que había sucedido y dijo:

– Te entiendo pero no quedan más que estas remeras para hombres y estos buzos infantiles. Lo siento, es todo lo que tengo para ofrecerte.

Me probé ambas prendas y no me reconocí. En ese instante, la vendedora me preguntó:

– ¿Hace cuánto no te regalan un globo?

– Desde que era chica.

Entonces, me llevó detrás del mostrador y me regaló uno blanco. Mientras lo inflaba adquiría la forma de una rama que iba cubriendo mi desnudez.

Una vez que terminé de anotar el sueño me pregunto: “¿qué relación habrá entre el vacío y el festejo? ¿Entre el chico lindo y mi hijo? ¿Entre la ropa rota que me ponía y la que me voy a estrenar? ¿Entre el globo blanco con forma de rama y mi cuerpo?”

Cierro el cuaderno, bajo a la cocina con estas preguntas y Marido exclama:

– ¡Ey! ¿Qué hacés desnuda?

– ¡Ay, perdón! no me di cuenta. Creí que estaba con el camisón, se ve que me lo saqué para bañarme, me arrepentí porque tenía hambre y bajé así.

– Está bien, vestite que te esperamos para desayunar.

Subo, me cambio y veo que un hilo de seda natural del camisón queda enganchado al ropero. Por las dudas, reviso el regalo para Nene como si aquella fuera una señal. La caja está intacta. Se escuchan los movimientos de las células.

Vuelvo a la cocina y saco unas naranjas de la heladera para hacer un jugo.

Marido me pregunta:

– ¿Hacemos el repaso de las cosas que deberíamos llevar?

– Sí, ya voy.

– Nene por favor, traé un lápiz y un papel así empezamos.

Pero, cuando agarro el papel, el lápiz y quiero escribir la palabra “lista”, me sale la palabra vacío. Cuando quiero escribir la palabra “rubros”, me sale la palabra deporte, cuando quiero trazar “tres” columnas dibujo la cara del chico lindo con el que soñé.

Nene me pregunta:

– ¿Qué hacés mami?

– Perdón.

Marido me dice:

– Seguro te pasa porque no descansaste lo suficiente. Dejá que siga yo.

Y no le respondo nada porque debería explicar que la falta de sueño no es la que me impide expresar lo que debo sino que es, justamente, el peso del deber.

Nene me pregunta:

– ¿Quién es el del dibujo?

– No sé, a quién se parece.

Marido responde:

– Ese es Nene.

Nene me dice:

– Seguí dibujándome.

Pero Marido se interpone y le dice:

– Ahora no, después. Debemos concentrarnos en el festejo.

Y me pregunta: “¿corroboraste que los invitados recibieran el correo electrónico? ¿El dueño de los inflables sabe cómo llegar? ¿Te parece que llevemos más bebidas por las dudas? ¿La ropa está preparada? ¿Quién lleva la torta? ¿La cámara de fotos y la videocámara están cargadas?”

A todo le contesto que sí, aunque sepa que no devolví los llamados. “Seguro lo haga hoy” me digo, como quien saca de un canasto un par de agujas y un ovillo de lana para empezar a tejer, sabiendo que no tiene tiempo.

Me paro, caliento el café, la leche y doy vuelta las tostadas, pongo la mesa, me siento y me quedo callada como si la respuesta de Marido hubiera sido un reto.

Observo el espacio que queda entre las varas de mimbre de la panera, por el que se ven la mantequera, el frasco de dulce, las manos de Nene, la azucarera, una servilleta desdoblada y el pecho de Marido. Y pienso: “así, como gracias a este agujero veo el

recorte de otras cosas, Marido tendría que agradecer que no me salgan las palabras para ver lo que tengo para dibujar”.

Marido tapa mi silencio con palabras dirigidas hacia Nene: “apurate que en un rato salimos al colegio. Después te pasa a buscar mamá y no sé si querés invitarlo a Amigo a casa o qué plan te gustaría hacer. Mañana es mejor que descansemos, así el domingo disfrutás”.

Nene está callado porque, intuyo, se quedó con las ganas de saber cómo era el gesto en el rostro que estaba dibujando. Trae la mochila, saca su cuaderno y una lapicera y me dice:

– ¿Podrías terminarlo acá?

Pero Marido lo mira de forma reprobatoria.

Y le digo:

– Más tarde.

Pero insiste y me dice:

– Aunque sea terminá de dibujar el pelo o de probar escribir su nombre.

– Te prometo que, cuando llegues del colegio, estará el retrato terminado sobre tu cama, ¿te parece bien? Pero ahora cambiate que ayer no fuiste y no quiero que llegues tarde.

Marido levanta la mesa, me da un beso como si me hubiera lastimado la mano al sacar un yuyo del jardín y, antes de subir para vestirse, me dice:

– Acordate de lo que te dije. Si querés, hoy paso yo por el colegio, así vos te dedicás a lo que falta.

Pero no lo escucho bien porque, cuando está por terminar la frase, dejo de prestarle atención.

Mientras barro las migas que cayeron al piso, pienso en la palabra “prioridad” y me digo que es la torta. Un festejo de cumpleaños sin invitados no es un festejo y sin una torta que le encante al homenajeado, tampoco. Quizá, si la llamo a mi madre por teléfono empiece a resolver ambas incógnitas.

Me ducho, me pongo perfume, rímel en las pestañas y un vestido con rayas finitas azules y celestes de manga corta y falda amplia. Con esta ropa me siento liviana para que vuelvan las palabras a mis manos.

Bajo y pongo música en el equipo. Doy vuelta el bolso que llevo a la facultad para sacudirlo y caen papelitos monocromos que indican que se señalaron páginas de libros y se probaron pastillas de eucaliptus que dejaron de existir. Mientras acomodo los objetos de todos los días, miro la mesa en la que se apoya el teléfono, sus patas macizas, la tabla delgada y esa imagen logra convencerme a que me acerque.

Marco el número de mi madre y no atiende. Vuelvo a intentarlo y contesta:

– ¡Hola!

– Hola, soy yo.

– ¿No escuchaste los mensajes?

– Sí.

– ¿Y qué pasó?

– Nada, estuve con muchas cosas.

– Pero la torta del cumpleaños de tu hijo es importante.

– Lo sé, por eso te llamo.

– Una pelota de fútbol, ¿escuchaste?

- Pero a Nene le gustan los autos.
- Si me hubieras llamado antes teníamos tiempo de cambiarla pero ahora no.
- Si se pudiera colorear de rojo que es su color favorito sería suficiente.
- Pregunto.
- O quizá se le pueda agregar un perro arriba de la pelota, como le gustan tanto.
- Pregunto.
- Gracias.
- ¿Hablaste con tu hermana?
- Todavía no.
- Está esperando que la llames.
- Ahora lo voy a hacer.
- Si necesitás algo más avisame, ¿sí?
- Sí.
- Te mando un beso.
- Otro para vos.

¿Qué gracia tendría una pelota roja y un par de velas? Debo seguir haciendo llamados. Un adorno más necesita esa torta. Mi hermana ¿se habrá enojado? Ahora mismo. ¿Podría ser que no fueran porque no los llamé? Quizá en el local de ropa New Order consiga un conjunto para un muñeco. Es importante que vayan los amigos. Pero ¿dónde conseguiré un perro para poner arriba de la pelota? Y la familia también. Debería pasar por una juguetería. ¿Estará más entusiasmado Nene con el festejo? O en una confitería preguntar si los hacen de mazapán. ¿Por qué costará tanto llevar a cabo algo que deseamos? ¿Tendré tiempo? Hay agujas de tejer gruesas por las que pasa la lana. Un perro de trapo, es una opción. Si les sacáramos las cabezas de colores a los alfileres nos servirían para hacer una correa para el animal que estoy buscando. Pero en esta casa no hay. Agarro el bolso y, como tengo tiempo antes de ir a trabajar, paso por una mercería, por una juguetería y por la tienda de ropa. Nunca más me faltará algo con que decorar una torta.

Después voy a la facultad y doy la clase en voz alta como si hubiera incorporado un megáfono. Los alumnos abren grandes los ojos y fruncen el ceño. El volumen profundiza sus rasgos en el espacio.

De regreso a casa pienso en que, cuando Marido pregunte si está todo listo, le voy a decir que sí, con la convicción de quien agarra el tubo de un teléfono, con una mano y, con la otra, marca un número inventado y simula una conversación.

Antes de llegar, manejo hasta una plaza y estaciono. A la sombra de un árbol dibujo la cara del chico lindo con el que soñé sobre una hoja rayada de un cuaderno. Después recorto su rostro, lo doblo y lo guardo en la billetera como si fuera una foto de un invitado por conocer o que ya vi y quiero volver a encontrar. Enciendo la luz del auto y con una fibra intento escribir la palabra “chico” pero me sale la palabra “lindo”.

Megáfono

Hoy es sábado y me levanto despejada, como si la oscuridad hubiera llamado a los invitados que faltaban. Soñé con un megáfono que estaba arriba de la mesa del teléfono

y, simplemente, tenía que apretar un botón para que respondiera los mensajes por devolver, a través, de la voz de la Mamá de Mejor Amigo de Nene.

Bajo la escalera para hacer el desayuno y pienso en la palabra “aguja” pero en vez de relacionarla con la mente, me represento el regalo que confeccioné para Nene y de que falta un día para dárselo.

Marido, antes de desayunar, quiere que vayamos cargando el auto para mañana para aprovechar que Nene sigue dormido. Pone en cajas y bolsas: vasos por si llegaran a faltar, repasadores, broches, agujas e hilos, el equipo de música, abrigos por si refresca, una toalla de manos, un jabón de tocador, la cámara de fotos, pares de medias, cuchillos, cucharitas, rollos de cocina, curitas, aspirinas, una heladera de telgopor, destapadores y velas.

Los objetos se acumulan en forma de montaña y me dice:

– ¿Qué te parece si traés la carretilla del jardín mientras tomo nota de lo que estamos llevando?

Lo consiento y, cuando regreso, veo que Marido duplicó la cantidad de cosas por llevar y pide que despertemos a Nene para que nos ayude. Verlas fuera de sus lugares habituales me entusiasma porque señalan la arbitrariedad del concepto “orden”. Lo único que me aterriza es el registro que está llevando Marido. La quietud de las palabras me asfixia y le pregunto:

– ¿Por qué registrarás lo que puede extraviarse?

Pero él no me escucha, está concentrado en lo que se convirtió en mi imposibilidad.

Nene baja para tomar el desayuno y Marido le pide colaboración pero él responde que lo hará después de tomar un vaso de leche.

Me siento al lado de Nene y quiere que escriba palabras para ver qué dibujos escribo.

Y le pregunto:

– ¿Qué palabra querés que escriba?

– Probá poner feliz cumpleaños.

Cuando estoy por empezar a escribir la letra f, dibujo una especie de lombriz chiquita.

Nene dice:

–Yo quiero tener ese poder, cómo hiciste.

–Para mí no es un poder, es una desgracia. Tengo miedo que mañana cuando los invitados pregunten lo que sea, mis manos hagan lo que se les dé la gana.

–Sería divertido.

–No, sería un papelón.

–Escribí mi nombre.

Y cuando empiezo a escribir la letra n dibujo un globo un poco desinflado.

–Pero a mí, me gustan inflados, a punto de estallar.

–Entonces, ayudame con tus manos a dirigir la mía, así sale bien redondo.

Y una vez que logramos realizarlo, Nene me la suelta y, dentro del círculo, dibujo una pileta, un camino con álamos a los costados, personas bailando, niños abrazados.

Después del desayuno, Nene y yo nos concentramos en cargar el auto, mientras Marido escribe una larga lista que, durante el día, quiere que escuchemos para corroborar si falta o no llevar algo más.

Domingo

Nos levantamos alegres porque es el gran día. Desayunamos liviano porque sabemos que vamos a comer y beber bastante en unas horas. Hablamos cosas inconexas como si estuviéramos reservándonos frases brillantes y potentes para cuando nos encontremos con los invitados. Nos bañamos y cada uno se viste con la ropa que compré: Marido con el jean, la remera blanca y los zapatos náuticos; Nene accede a ponerse el conjunto tornasolado y, como no encuentra la remera que le daré cuando termine el festejo, le pido que se ponga otra y yo el vestido New Order.

Bajamos la escalera, nos sacamos una foto y, cuando la vemos, considero que fue una buena opción que Marido se vistiera así para equilibrar la vestimenta de Nene y mía.

Marido nos dice:

– De verdad se ven originales, parecen estrellas de música, quizá algún día me anime a ponerme algo parecido.

Le contesto:

– Creo que la ropa nos puede transformar en seres excepcionales, con la condición de que sepamos extraer sus secretos sino corremos el riesgo de sentirnos ridículos.

– Lo que decís me recuerda a mis remeras de juventud, había valentía en ellas, aunque las telas y los cortes eran tan sencillos. Pero no tenemos tiempo de seguir hablando, busquemos los últimos bolsos y subamos al auto que los invitados deben estar saliendo de sus casas, en este momento, para llegar a horario a la Antigua Casita.

Marido arranca y le digo que frene porque me estoy olvidando de algo importante y me pregunta:

– ¿Qué es?

– El regalo que le hice a nuestro hijo.

Nene me dice:

– Mamá decime qué es, por favor. Dámelo ahora, mi cumpleaños ya pasó.

– Tu cumpleaños pasó pero el festejo es hoy. Y los regalos se dan al final de la fiesta, cuando quedan pocos invitados y uno tiene tiempo para desenvolver los paquetes y mirar con atención lo que nos obsequiaron.

– Está bien.

Subo a mi habitación, saco la caja y escucho que los pedacitos de placenta siguen bailando. Bajo, entro al auto, Marido me pregunta si está todo bien, le respondo que sí y nos vamos.

En el viaje Nene está callado, yo estoy ansiosa y Marido se puso verborágico de golpe y me pregunta:

– ¿Alcanzará la comida, a la gente le gustará el menú; qué dirán sobre cómo están vestidos Nene y vos; la animadora animará; Anfitriona habrá chequeado los detalles; los dueños del inflable sabrán llegar, que hay pastos duros y que deberían llevar una lona para que no se pinche; los padres habrán entendido el mapa que hicimos; los chicos no correrán por todo el predio?

Entonces, lo interrumpo y le pregunto:

– ¿Cómo podés cuestionarte tantas cosas, minutos antes de que empiece algo? ¿No te das cuenta que lo podés angustiar a Nene con tantas dudas? Los chicos tienen más afirmaciones que interrogantes.

Marido responde:

– No pasa nada, si total para él no son asuntos importantes.

– Pero para mí sí, y fijate que para vos también pero te acordaste a último momento. Los festejos parecen cosas sencillas pero no lo son, son actos trascendentales porque nos guste o no, se convierten en recuerdos.

Marido se queda callado como Nene. Hasta llegar intento sacarme de la mente sus vaivenes como si fueran palillos con pedacitos de melón y jamón que se los doy de comer a Marido para justificar su silencio.

Una vez que llegamos, estacionamos el auto y Marido me pregunta:

– ¿Cómo nos organizamos para trasladar todo?

– Ahí viene Anfitriona para recibirnos. ¿Ves? Tanto problema y enseguida sale alguien para darnos la bienvenida, ¡bajemos!

Vamos Nene ¡ya empieza tu festejo!

Se acerca Anfitriona y dice:

– ¡Bienvenidos! Los invitados aún no llegaron porque es temprano pero pasen a ver si les gusta cómo quedó la decoración.

Entramos a la Antigua Casita y hay guirnaldas colocadas de un extremo al otro del salón principal, cuyos colores hacen juego con un ramillete de globos, las servilletas, los vasos y un cartel que dice: “Feliz Cumpleaños Nene”.

La mesa más angosta está pensada para los niños y la más ancha para los adultos. Le digo a Anfitriona que tendrían que estar dispuestas al revés porque hay más niños que adultos pero me dice que la mesa angosta entra, justo, al lado de la ventana y que está bien así porque los chicos entran y salen todo el tiempo.

No hay comida ni bebida servida todavía, entonces, le digo que, si le parece, podríamos abrir un vino, una gaseosa y poner algo de música.

Y me dice que para el vino tendremos que esperar porque la disposición de la casa es abrir una botella recién cuando haya más de cinco invitados y respecto a la música ya se está acercando la animadora.

Ella es una chica joven, un poco encorvada, con la mirada dispersa como si el hecho de trabajar con niños la hubiera transformado en alguien que busca, más que en alguien que sabe dónde ir.

Llega y dice:

– Hola señora, qué tal, mi nombre es Madora, ¿él es Nene?

– Sí.

Y le dice a Nene:

– Hola, feliz cumpleaños.

Nene le contesta:

– Mi cumpleaños ya pasó pero gracias.

Le pregunto:

– ¿Podrías poner música mientras esperamos a los invitados?

– Sí, cómo no, ya voy.

Y pone un disco que nos empieza a aturdir, por la cantidad de veces que se repiten las mismas palabras, como si la canción estuviese compuesta a partir de un estribillo.

Entonces le pido:

- ¿Tendrías un disco que tenga menos palabras?
- Siempre pongo este porque a los chicos les dan ganas de moverse.
- Quizá eso ocurra cuando lleguen los invitados. Por favor, te pido algo más tranquilo y continúo: ¿a qué van a jugar?
- Primero tengo que conocer al grupo porque decido las actividades en función de sus primeros movimientos. Si están quietos, jugamos carreras, si van de un lado al otro, les propongo un juego de actuación.

Nene le dice:

- Me gustan esos juegos, mirá la ropa que tengo.
 - ¿Te gustan los perros?
 - Sí, me encantan.
 - Entonces, tendremos que pensar en una obra en la que los animales sean protagonistas. Mientras que ellos conversan, veo la mesa sin comida y me da hambre. Voy hacia la cocina para probar algún bocadito pero, en la puerta, se interpone Anfitriona y me pregunta:
 - ¿No pensarán empezar a comer sin que nadie haya llegado?
 - Es que las mesas vacías me dan hambre. Necesito probar algo.
- Pero con su mirada me dice: “esta es mi casa y decido yo cuándo servir la mesa”. Sus ojos son cuchillos que cortan lo que llego a robar.

Invitados

Los primeros en llegar son mis padres.

Mi mamá se acerca con los brazos en alto porque trae la torta y lo primero que me pregunta es:

- ¿Qué te pusiste?
- ¿Te gusta?
- Es gigante, cómo no te diste cuenta de comprarte uno más pequeño.
- Es que el modelo es así, representa la maternidad.
- ¿Estás embarazada?
- No, te dije que representa, no que estoy.
- Parece que te hubieras puesto un disfraz.
- Pero no lo es. Mostrame la torta, de qué gusto es.
- Está rellena con dulce de leche y duraznos en almíbar.
- Cuántas veces te dije que esa combinación no le gusta a Nené.
- Bastante con que la haya traído, ¿quierés que la tire y que no sople las velitas?
- No, quiero que sople las velitas pero además que, algún año, pruebe la torta de su cumpleaños.
- Siempre me criticás, nunca reconocés las cosas que hago bien.
- No nos peleemos ahora, entremos así la llevamos a la heladera.

Mi madre, al ver a Nene vestido con el conjunto New Order, me pregunta:

– ¿No te da pena que se burlen de él? Que te hayas puesto vos esta ropa, vaya y pase pero que experimentes con tu hijo, no tiene perdón.

En cambio de contestarle, me concentro en el transporte hasta la heladera, miro por la ventana hacia afuera y le digo a Nene:

– Salgamos al jardín que siguen llegando los invitados.

Nene sale corriendo pero vuelve enseguida y me dice:

– Me dijiste que estaban viniendo mis amigos y los únicos que llegaron son los abuelos y los tíos. ¿Sabrán llegar hasta acá?

– Sí, claro, no te preocupes, ¿te acordás que les avisamos a sus papás en la puerta del colegio? Ahora andá y agradecé los regalos que te hicieron.

Después de unos segundos, observo que llegan los ex compañeros del colegio de Nene tomados de las manos de sus mamás y se me cruza por la mente la frase “tiempo de antes” y entiendo que las invitaciones se las envié a ellas, en vez de a los padres de los compañeros que tiene ahora. Pero la sensación de que hice algo mal queda anulada porque la veo entrar a la Mamá de Mejor Amigo de Nene con el megáfono colgado en la espalda y me dice, a medida que me acerco:

– Por suerte llegamos, nos costó un poco porque Marido no dibujó en el plano la última curva por la que debíamos doblar, seguimos de largo y pasados los 500 metros vimos un cartel con una flecha que indicaba que la Antigua Casita quedaba del lado contrario.

– Me alegra que hayan llegado, ¿los otros padres venían con vos?

– Sí, están estacionando los autos.

– Le voy a avisar a Nene que, justo ahora, se fue hacia el otro extremo del jardín.

– No te preocupes, lo llamo yo, ¿para qué traje este aparato sino?

– Te queda bien colgado en la espalda como si fuera una mochila.

– Me decidí a traerlo porque lo creí útil para comunicarnos, dada la extensión de este lugar.

– Te lo agradezco.

Cuando la Mamá de Mejor Amigo lo llama a Nene para decirle que llegaron sus amigos, se acerca Anfitriona y me pregunta:

– ¿Qué pasa que esta señora está gritando?

– Lo está llamando a Nene para que se acerque a recibir a sus amigos.

– Te pido por favor, que no abusen del amplificador porque nos desagrada el volumen alto.

– Sólo haremos uso de él en casos como este. Cambiando de tema ¿cómo seguimos ahora ya que llegaron los invitados, primero comemos y después juegan los chicos o al revés?

– Ya estamos organizando la recepción en la que servimos unos bocaditos, un vaso de gaseosa o vino y les doy la bienvenida formalmente. Después les cedo la palabra a ustedes, los padres, y, por último, pueden invitar a algún amigo o familiar que quiera decirle algo a Nene en su día.

– Me parece perfecto, y después ¿cómo seguimos?

– Después Madora les propone hacer un juego para que se conozcan y entren en confianza entre ellos y con el lugar. Servimos la mesa salada. Salen a jugar con el inflable. Madora les propone el juego de los disfraces. Servimos la mesa dulce. Sopla la velita. Y se pincha la piñata ¿Te parece bien?

–Sí, espero que a la gente le guste el festejo.

–Dalo por hecho. Ahora, disculpame pero quiero corroborar que esté servida la mesa de la recepción. Luego, te llamo para las palabras de bienvenida.

Después de unos minutos, Anfitriona, contradiciendo lo que había dicho previamente sobre el volumen, le pide prestado el megáfono a la Mamá de Mejor Amigo de Nene y dice:

– Su atención por favor, tengan ustedes muy buenas tardes, les pido que se vayan acercando al hall de entrada para compartir la recepción, en la que les daremos la bienvenida.

Los invitados caminan hacia el hall de entrada de la Antigua Casita y lo busco a Nene para agarrarle la mano pero él me la suelta y se la agarra a Madora. Los dos tienen la misma forma de los ojos, rayitas finitas que parecen lombrices húmedas, migrando con lentitud hacia un hogar distinto al que habitan.

Cuando estamos acomodados Anfitriona dice:

– Hoy tenemos el gusto de estar aquí para compartir el festejo de Nene quien cumple cinco años. Para nosotros es una enorme felicidad trabajar para celebrar las fechas importantes de la vida. Esperamos, de todo corazón, que disfruten de este hermoso día, jugando, comiendo y charlando. Estamos a su disposición para lo que necesiten. A los niños les pedimos que no se alejen de las inmediaciones de la Antigua Casita porque se pueden perder. Y buscando con los ojos a Nene, en voz alta, le dice: “salud”.

Después le pasa el megáfono a Marido y él dice:

– Gracias por haber venido a compartir esta fecha tan importante para nosotros y enseguida me lo pasa a mí y, como justo se me engancha con el vestido, me quedo pensando en la palabra “enganche -regalo artesanal-” y me quedo muda. Pero por suerte, Madora, entrenada en la tarea de irrumpir la timidez infantil, me mira fijo, pestañea y, es ese gesto, el que me da seguridad para retomar la palabra y digo:

– Gracias por festejar el aniversario del nacimiento de nuestro hijo. Lo miro a Nene y pido un brindis para que sean muchos años más.

Anfitriona la mira a la moza para que sirva la bebida y dice:

– Ahora, les pedimos un fuerte aplauso para la familia y a los chicos a que se acerquen así empiezan a jugar.

Pero, como los invitados lo hacen despacio, Anfitriona me pide permiso para utilizar el megáfono y repite:

– Pedimos un fuerte aplauso para esta hermosa familia.

Y los escucho como si fuera el eco de unos pasos de baile, segundos antes de que termine una canción.

Madora

En el jardín, Madora llama a los chicos para que se conozcan a través de un juego que consiste en una serie de saltos que tienen que dar al ritmo de la música. Quien salte con precisión y diga el nombre del compañero que tiene al lado, gana. Quien se maree, caiga o no se acuerde el nombre, pierde.

Los ex compañeritos del colegio de Nene se quedan apartados, sus mamás les insisten pero los chicos no ocultan el extrañamiento que les produce volver a ver a Nene después de tanto tiempo.

Les pregunto si quieren que los lleve yo con Madora pero me dicen que no y, cuando me estoy por dar vuelta para ir hacia donde está por empezar el juego, escucho que una ex compañerita de Nene, creyendo que iba a irme más rápido, le dice a su mamá:

– Mami, qué decepción la recepción.

– Esas cosas no se dicen, estuvo todo muy lindo.

Yo le digo a la mamá de la nena:

– Dejala, es importante que los chicos se expresen.

La mamá le dice a la hija:

– ¿Dé dónde sacaste la palabra decepción?

La nena no contesta y frunce el ceño como si, recién en ese momento, pensara en el significado de la palabra significado.

Les digo:

– Es cierto, podrían haber servido más variedad y cantidad de cosas pero seguro vinieron para estar con Nene, así que, si no quieren que él se ponga mal, ¿por qué no van hacia donde está Madora?

Entonces, la madre de la ex compañerita de Nene le dice a la hija:

– La madre de Nene tiene razón, vayan ahora con ella que después se termina el cumpleaños y, recién ahí, les dan ganas de festejar.

Las otras mamás de los ex compañeros asienten el pedido que hace la primera.

Tomo a los chicos de las manos y, mientras camino hacia donde está el resto, pienso que las mamás pidieron a sus hijos hacerme caso para seguir charlando sobre la recepción.

Me acerco con nuevos chicos al grupo donde está Madora y ella enseguida dice:

– Pararemos un ratito para darles la bienvenida a los nuevos amigos. Y les pregunta:

– ¿Saben jugar a los saltos?

Los chicos dicen que no y el grupo que ya estaba saltando se pone furioso y dice:

– No vale, llegaron tarde, ahora tienen que esperar. Sino, qué piolas es como si se quisieran subir a la calesita cuando está andando. Y Madora intentando sobreponerse a lo que parece una verdad, explica:

– Todos podemos llegar tarde a un juego, a un gusto, al colegio, a la casa de un amigo. No tenemos por qué criticar a quienes llegan tarde a algo que querían hacer. Convencidos, los chicos del primer grupo, incorporan a los chicos que recién llegan.

La frase de Madora me reconcilia con el regalo que le hice a Nene. Nunca es tarde, pienso, para ser la madre que tengo pendiente.

Hoyo en la tierra

Una vez que veo a los chicos jugando, camino hacia la Antigua Casita para servirme un vaso de vino y lo veo a Marido con un delantal de cocina, las piernas extendidas a lo ancho rastrillando un cantero cercano a la entrada del salón principal. Me acerco, le pregunto qué pasó y me dice que a su madre se le cayó un aro y, como no lo encuentran, le pidió prestado a Anfitrióna el delantal y el rastrillo para ver si, al remover la tierra, aparecía.

Pero lejos de entusiasmarse por encontrar el aro, está atónito porque halló objetos extraños y me pregunta:

– Vos que sos bióloga ¿nos podés decir a qué reino pertenecen?

– El problema con los años es que hacen que se confundan los reinos, una planta convertida en un fósil, aún hoy, no se sabe si sigue siendo planta o es una piedra. A veces, las formas a simple vista engañan, ya pasó que se creyó encontrar hojas de un árbol en una piedra y ocurrió que la hoja era la carátula de lo que había adentro y atrás, pedacitos de uñas de seres humanos y dientes de animales.

– Está bien, pero para vos ¿qué son?

– Podrían ser huesos de vaca comidos por un perro o al revés.

En un momento, viene la Madre de Mejor Amigo de Nene y me dice al oído:

– ¿Te estás haciendo la distraída o me parece?

–No, para nada, el único problema es encontrar estos objetos y no tener el microscopio a mano.

– Para mí hay algo raro en esta casa. ¿Qué te parece si vamos a ver qué está haciendo Anfitrióna?

Cuando le respondo que sí, aparece mi mamá y me pregunta:

– ¿Vos creés que soy tonta? A mí no me vas a hacer creer que lo que encontraron son huesos de vaca que comió un perro o un perro que comió el hueso de una vaca moribunda.

– Me extraña que, siendo arqueóloga, no sepas que los hallazgos necesitan un laboratorio para explicar su filiación.

– Pero ¿no te das cuenta que podrían ser de un...?

– No digas eso, seguro que no son.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene se identifica con la cara que tiene mi mamá y dice:

–Yo coincido con ella. Aquí, en esta casa se esconde algo y, seguramente, estos hallazgos tienen relación con esos secretos.

Camino hacia donde está Marido y al oído le digo que, disimuladamente, los traiga envueltos en una servilleta de papel y me siga.

Marido deja algunos vestigios a la vista de los invitados para mantener encendida la conversación y otros los coloca en el bolsillo del pantalón.

Vamos al baño, cerramos la puerta y cuando intento decirle algo al respecto, golpea Anfitrióna y desde afuera dice:

– Está prohibido entrar al baño de a dos, es una disposición de la casa.

Antes de contestarle a Anfitrióna le digo a Marido:

– Dame estos huesos que los guardo para analizarlos cuando lleguemos a casa.

Como no respondimos el golpe de la puerta, Anfitrióna entra y replica:

– Les dije que está prohibido el ingreso de dos personas por vez. Por favor, retírense.

Salimos y a Marido le digo que me espere por donde están los invitados. Pero, como a Anfitrióna le llama la atención que los invitados estén absortos mirando vaya a saber qué cosa en la tierra, les pide que la acompañen, que tiene un rico vino para convidarles. Y los invitados y Maridos aceptan.

Mientras camino hacia el interior de la Antigua Casita me pregunto, cómo puede ser que me den impresión estos huesos y no así los pedacitos de placenta que recogí para

confeccionar el regalo de Nene y me contesto que las situaciones son muy distintas, en un caso hay muerte y en el otro, la reivindicación de una relación, o sea, la vida.

Entro a la casa para dejarlos en la cartera, cerca del regalo y los pedacitos se empiezan a mover de una manera inusual, como si se dieran cuenta que se acerca un material de la misma especie. Los movimientos adquieren tal intensidad que se rompe una costura y salen algunas células para tejer una especie de corona a los huesos. Pero, como temo que el regalo lo descubra Anfitriona, dejo los huesos envueltos en la servilleta en el bolsillo interior de la cartera, le doy una puntada a la remera y la escondo debajo de un sillón que está en el guardarropas.

Salgo de la Antigua Casita y voy hacia donde están los chicos y le pregunto a Madora:

– ¿Lo están pasando bien?

– ¿Mire cómo se integraron ambos grupos?

– ¿Y cómo hiciste?

– Empecé el juego al revés. Sin consignas, de tal manera que recordaran sus nombres por afinidad emocional.

– ¿Y cómo vas a hacer para que recuerden el nombre de los chicos con los que no juegan?

– Aprovecho sus caídas y los repito en ese momento.

Nene le dice a Madora:

– ¿Por qué no saltas con nosotros?

– Porque ya aprendí todos los nombres.

Pero como Nene quiere que Madora salte con él, le insiste:

– Por favor, Má, saltá conmigo.

A Nene le digo:

– No la llames a Madora como si fuese tu mamá.

Madora responde:

– Los chicos cuando están con sus padres y un tercero, le hacen sentir al tercero que son más importantes que los padres. Y está bien, lo hacen para lucirse y eso parece que los hace crecer.

A Madora le pregunto:

– ¿Estudiaste alguna carrera?

– Sí, psicología pero tuve que dejar porque los horarios de cursada coincidían con los del trabajo.

– Pensé que trabajabas solamente los fines de semana.

– No, ojalá. Tengo que animar fiestas todos los días para llegar a fin de mes.

– Yo te vi la cara cuando entramos, estás cansada ¿no?

– La verdad es que no estoy cansada, estoy triste. Póngase en mi lugar. Estar diez horas por día animando fiestas infantiles, empresariales, bautismos, casamientos. Animar te desanima.

–Y ¿por qué no empezás cambiándote el nombre para ver si de esa manera cambia algo más? Yo vengo implementando esas transformaciones, desde que empecé a organizar el festejo de Nene, comprándome esta ropa. Este vestido no tiene el estilo que usaba pero, desde que me decidí, me siento distinta, me pasan cosas que no me habían pasado antes.

– Mi miedo es que la transformación sea efímera.

– Con probar no perdés nada.

Pero, cuando estoy esperando una respuesta de Madora, la llaman los chicos para que siga arbitrando el juego.

Me doy vuelta para buscar un vaso de gaseosa y seguir conversando con los invitados. Llego a la mesa y no hay ni una sola botella. Voy a la cocina y le pregunto a Anfitriona que le diga a la moza que lleve bebidas y me dice:

– Es que los chicos se las tomaron todas, se ve con los juegos que les está haciendo hacer Madora tienen más sed de la esperada. Por eso, decidimos dejar de a una, para que duraran hasta la tarde.

– Por favor, lleven más ahora porque hace calor y necesitamos hidratarnos.

– ¿Usted lo vio a su hijo tomando gaseosa del plato?

– No, ¿por qué?

– Le pregunto porque me pareció extraño.

– Seguro estaba jugando.

– Quizá lo entusiasmó el disfraz.

– No es un disfraz, es un conjunto comprado en una tienda en la que venden ropa que se adapta a cualquier objeto, animal o persona.

– Me dio ternura verlo vestido así a Nene porque me hizo acordar a cuando tenía perros.

– ¿Y qué pasó?

– Un día se escaparon y nunca más supe de ellos.

– Qué triste.

– Sí, fue muy triste porque los quise como los hijos que no pude tener. De hecho, abrí este lugar desde que ellos se fueron. A veces, cuando veo a los niños correr y saltar comienzo a extrañarlos de una manera tan poderosa que, sin querer, miro hacia afuera de la Casa buscándolos.

Madres

Después escucho que me llaman las madres de los ex compañeritos de Nene para que vaya a charlar con ellas un rato, me siento y me dicen:

– Nos da mucho gusto volver a verlos. Se los extraña. Qué bueno que nos hayas invitado.

– Me alegra que hayan venido. A mí me gusta festejar porque es una forma de acercarme a la gente que quiero.

Una de ellas me dice:

– A mí no me gusta festejar porque me di cuenta que era mejor que pasara desapercibido lo que aprende mi hijo. Me acuerdo que cuando nació Bebe, le festejé las primeras sonrisas, los primeros pasos, la primera vez que agarró una cuchara. Pero, lejos de contentarse, se ponía a llorar. Desde ese entonces opté por disfrutarlo en silencio.

– Y ¿cómo te sentís?

– Más o menos porque, desde ese momento, se volvió tímido.

– Pero tendrías que haber insistido. Por ahí lloraba porque no entendía lo que estabas festejando.

– No sé si entendía o no. Lo que digo es que lloraba todo el día mientras aprendía cosas nuevas. Ahora las maestras se frustran porque no quiere aprender. Cada tanto, miro las fotos de cuando nació y pienso: “¿qué paso con este bebé al que estimulé con palabras,

sonrisas, canciones y no funcionó? Y de golpe, quiero volver al principio y es peor. Los dos terminamos llorando como marmotas por algo que, por el momento, no se puede resolver. Y ¿cómo te sentís vos con Nene?

– Yo también tengo algunos problemas de comunicación. Me pasa que a él le gusta hablar de temas lejanos y extraños.

– ¿Como cuáles?

– Sobre indios, perros, carreras de autos perdedores y lo desesperante es que estas conversaciones surgen cuando, por alguna razón, tenemos que hacer otra cosa. Por ejemplo, bajarnos del auto porque llegamos a un lugar, cuando se tiene que ir a dormir, cuando lo dejo en el colegio.

– ¿Y probaste alguna técnica de fluidez conversacional?

– Ahora estoy probando con un nuevo estilo que se llama New Order que consiste en animarse a usar ropa que podríamos vérsela a un animal, a una planta o a un objeto. Como si fuera necesario vincularse con el origen de la vida para poder extenderlo.

– Pero volver a ese estado es imposible.

– En términos reales sí, en términos imaginarios, no. Ellos creen que uno se relaciona con eso si nos sensibilizamos ante el color. Y, como la ropa para mí es volver a estrenarse con el mundo y renovar capas de la personalidad que ni siquiera conocemos, estoy experimentando el cambio en el aspecto para ver si incide en el afecto.

Las mamás de los ex compañeritos de Nene se quedan en silencio. Yo creo que les gustaría probar esta moda para temas que las desgarran.

Conversación

Después camino hacia donde está Madora pero me detengo en una conversación acalorada entre Marido y Tío, su mejor amigo.

Y les digo:

– ¿Pueden bajar un poco el tono de voz que estamos en un festejo?

Tío dice:

– Justamente, por eso podemos hablar como queramos porque en el bullicio de los demás nuestras palabras se pierden.

– No se pierde Tío. Creo que tomaste de más y, sin darte cuenta, estás gritando.

– Es que no puedo entender cómo tu Marido con las ideas que tenía escuche una música de porquería.

Marido le dice a Tío:

– Eso se llama prejuicio porque no tienen nada que ver las ideas que tenés con la música que escuchás. Ese problema es de antes. Vos pensás así porque el partido te lavó el cerebro.

Tío le contesta:

– Y a vos la televisión.

– ¿Vos pensás que las canciones que promueven las discográficas son una porquería?

– Sí.

– Pensar así es de necio. El partido endureció tu capacidad de reflexión. Además, por más que sean una porquería como vos decís, algunas de esas canciones quieras o no, te marcaron. Porque las bailaste, las relacionás con una chica, con un viaje, con un problema.

– El problema lo tenés vos, de seguir identificado con música que nunca supiste el significado de sus letras.

– Yo creo que sos un conservador por más de que milites. Sos un esclavo de las ideas y de la música que esas ideas odian.

Pero no puedo calmarlo a Tío y de golpe le pega una trompada a Marido porque sus gustos musicales lo fastidian.

A Marido le sale sangre de la nariz, entonces, lo siento en un banquito con la cabeza hacia arriba mientras le hago señas a la Mamá de Mejor Amigo de Nene para que venga a ayudarme.

A Tío le digo:

–Te vas a tener que ir.

– Nunca me echaron de ninguna fiesta, por eso no voy a dejar que lo hagan de un cumpleaños infantil. Y a Marido le dice:

– Vamos a ver si aprendés a traducir las canciones que te gustan para cantárselas a tu hijo. Y Marido, en cambio de tranquilizarse, lo quiere hacer enfurecer más a Tío y canta con el poco aliento que le queda una canción que Tío odia.

A Marido le digo:

– ¿Sos tonto? No lo provoques, hacelo por Nene.

Por suerte, llega la Mamá de Mejor Amigo de Nene y, entre las dos, lo llevamos, disimuladamente, a Tío al auto de ella para que se serene.

A Marido le digo:

– No puedo creer cómo seguís siendo amigo de Tío que dice quererte y te trata como un idiota. Mirate la cara desfigurada, tenés sangre en la ropa con lo que me costó elegirla. Qué vamos a hacer ahora, qué le vamos a decir a los invitados, qué te vas a poner, cómo vamos a bajar la inflamación de tu cara.

Marido que quedó mareado después del golpe balbucea:

– Es mi amigo y lo quiero aunque tengamos diferencias.

– Pero las diferencias, entre ustedes, son palabras transformadas en cuchillos.

A la Mamá de Mejor Amigo de Nene le pregunto:

– ¿Qué hacemos ahora? No quiero que los invitados se den cuenta de lo que pasó.

– Quedate tranquila, nadie vio el momento en el que le dio la trompada. Eso sí, para mí, ahora, habría que esconderlo en el baño, por lo menos unas horas, hasta que le se le deshinche la cara.

–Tenés razón, de paso ahí podría lavarle la ropa. Y cómo lo llevamos.

– Simulando llevar a un niño, tal cual se comportó.

Con la Mamá de Mejor Amigo de Nene llevamos a Marido al baño como si fuera un infante que se quebró una pierna. Cuando lo sentamos en el inodoro nos pregunta:

– ¿Ustedes se volvieron locas? ¿No pensarán dejarme acá?

Y le respondo:

–No podés aparecer con la cara hinchada delante de los invitados y con la ropa manchada. Pensá que, quedándote acá, lo estás protegiendo a Nene.

- No quiero quedarme encerrado, yo también quiero verlo disfrutar de su cumpleaños.
- Tendrías que haberlo pensado antes. Ahora es tarde.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene me dice:

- Deberíamos lavarle la cara porque, si lo dejamos así, se le puede infectar la herida. Entonces, las dos agarramos un florero que está apoyado en una repisa debajo de un espejo, le sacamos las flores, tiramos el agua y lo llenamos con una nueva para lavarle la cara a Marido, mientras se queja porque le duele, se siente un idiota, se quedará solo y me dice:

- Aunque sea llévenme con Tío o tráiganlo al baño conmigo.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene me dice al oído:

- Para mí que está borracho. Tendríamos que dejarlo por lo menos una hora, de paso, en ese lapso, aprovechás para que se seque la ropa.

Coincido con ella y lo sentamos en el inodoro con la cabeza apoyada sobre una de las paredes y las piernas extendidas sobre un banquito para que, desde afuera, nadie note que hay alguien adentro. Después cerramos la puerta, intentando trabar el picaporte para que nadie pueda abrirlo.

Envuelvo la ropa semi mojada en una toalla y caminamos hasta el fondo de la casa para colgarla en la rama más alta de un árbol.

Carreras

Caminamos para ver qué está haciendo Madora con los chicos y ahora están jugando carreras. Es increíble cómo la educación física constituye un verdadero entretenimiento. Los chicos tienen una velocidad que, con el tiempo, se pierde. Entonces, especulo sobre si la mejor edad para ser madre será entre los 5 y los 12 años, cuando tenemos reflejos para responder, rápidamente, a las dificultades que se presentan.

“Mirá con qué destreza se pasan entre ellos sin lastimarse”, le digo a la Mamá de Mejor Amigo de Nené. Y pienso en que soy una madre vieja y que, por eso, me cuesta sortear obstáculos y encontrar las repuestas que necesito.

A Madora le digo:

- ¡Qué hermosos movimientos hacen con los brazos mientras corren!

Y ella me dice:

- Parece un baile impensado, una coreografía. Y fijate la cabeza, las piernas, el rostro, se dirigen con todo el cuerpo hacia lo que pretenden alcanzar.
- Habría que filmarlos en cámara lenta para decodificar la lógica que se deteriora.
- Lo que ocurre es que para ellos los momentos que viven son los más importantes y se entregan sin saber lo que viene después. En cambio, nosotros estamos viciados de pasado y de futuro, por eso nos cuesta confiar en que lo más importante que nos puede suceder es lo que nos está pasando ahora.
- Pienso, cuántas cosas tenemos que aprender de quiénes fuimos, ¿no?
- ¿Querés que los filme? ¿Trajiste cámara?
- Sí, ya la traigo, me parece una excelente idea.

Busco la cámara y cuando regreso al parque le digo a Madora:

- Dejá, mejor los filmo yo. Vos seguí con las consignas.

Primero filmo las piernas. Después los brazos. Después las espaldas. Después los rostros. Después el pelo. Es un video que se construye de abajo hacia arriba y de atrás hacia adelante.

– Cuando tengas ganas lo podés editar, ponerle música, sonidos o palabras de otros.

– Tus palabras me inspiran Madora. Me hacen pensar que puedo cambiar la persona que soy.

– Gracias. Pero ahora vení, acompañanos con la cámara hacia el fondo porque están corriendo hacia allá. Se ve que encontraron algo.

Les gritamos pidiéndoles que nos esperen. Tengo miedo de que hayan descubierto la ropa de Marido tendida en la rama del árbol. No nos escuchan. Nuestras voces desaparecen sobre la tierra en la que, hasta hace un momento, vimos sus zapatillas pisar.

– Tenemos que correr más rápido porque se están alejando demasiado.

– Apurémonos porque temo que se pierdan.

En cuanto empezamos a avanzar nos damos cuenta que el fondo se extiende más y más. De un lado, vemos a los chicos diminutos como boyas flotantes en el mar y del otro, a los invitados alejarse de la orilla. Las olas de tierra los arrastran a los chicos hacia adentro.

– ¡Chicos regresen, vengan para acá, se los está llevando una trampa!

– Esperá que tomo aire un minuto para intentar ir más rápido.

– ¿Vos creés que este vestido nos puede servir de algo?

– Sí, sacate el lazo para ver si el viento nos ayuda a anudarlos.

Una vez que el lazo los frena, Nene me dice:

– Mamá me hiciste doler.

– Eso te pasa por no hacer caso cuando te pido algo.

Madora, desde el medio del parque, me dice:

– Ayúdame a mí también a amarrarme para poder regresar hacia donde estábamos. Sin el lazo tengo miedo de hundirme en este patio.

Un accesorio no puede conducir a un grupo de gente. Entonces, les pido a las mamás de los ex compañeritos de Nene que colaboren sacándose sus cinturones para utilizarlos como anclas en la orilla. Pero la magia no existe y los milagros son excepcionales. Cuando me agarro a los cinturones, los chicos se desprenden del lazo de mi vestido y salen disparados hacia el baño.

Me concentro en una imagen para que me de la fuerza necesaria para sujetar a los chicos otra vez: un toro de oro con dos hebillas azules colocadas en las orejas y cuernos de papiros.

Y esta vez los alcanzo con la soga hecha de cinturones que me lleva hacia ellos.

Respiro y les pregunto:

– ¿Por qué seguían corriendo cuando les pedía que volviesen?

Nene me dice:

– Porque queríamos conocer hasta dónde llegaba el fondo.

– Pero cuando un adulto les dice que no, es no.

– Es que ustedes les dicen que no a las expediciones.

– A las cosas peligrosas que no es lo mismo.

– Bueno, a veces es la misma cosa.

– Por eso, si vemos que corren riesgo tienen que hacernos caso, por más que lo que estén haciendo los encante.

En un momento, escuchamos la voz de un chico que quedó suelto y dice:

– Vengan acá que encontré ropa colgada de un árbol, ¿de quién será?

Y, para que Nene no descubra que es la del padre, a todos les digo:

– Por hoy están perdonados. Así que, ahora, prepárense para jugar una carrera hasta donde están los invitados. Y digo: “preparados, listos, ¡ya!”.

Cuando estamos corriendo Madora frena en la puerta del baño y los chicos, al ver que ella se detiene, se paran también.

A Madora le pregunto:

– ¿Qué pasa?

Y ella me responde al oído:

– ¿No huele algo extraño?

– Algo ¿cómo qué?

– Un olor a vino y sangre. Una mezcla que tengo presente desde que era joven y salía con mis amigos y se peleaban porque se encontraban con grupos que escuchaban música diferente o pertenecían a otro equipo de fútbol.

– Madora, este no es el momento para hablar de estas cosas. Te pido que sigamos corriendo hacia donde están los invitados, así siguen jugando.

Y ella organiza la carrera que se había frustrado, mientras que yo me quedo un rato parada cerca del baño y no huelo a vino y sangre sino a vino y perfume.

Cuando veo que los chicos llegaron, entro al baño y veo que Marido recién se despierta de una siesta. Abre los ojos y le pregunto:

– ¿Te sentís mejor?

– La verdad es que estaría todo el día durmiendo. ¿Dónde está Tío?

– Todavía tenés ganas de seguir con eso...

– ¿Cómo tengo la cara?

– Miratela en el espejo...

– Estoy terrible, ¿qué les voy a decir a los invitados?

– No sé, inventá algo.

– Es que no tengo imaginación. Me parece que Tío me trompeó por eso.

– Lo que te digo es que le criticás a Tío su dogmatismo y, al final, tu credo parece ser él. Te pido que te levantes e inventes una excusa lo más rápido posible. Mientras pensás voy a ir a buscar tu ropa.

– Está bien, veré qué se me ocurre.

Regreso del fondo con la ropa seca y arrugada y lo ayudo a cambiarse.

Caminamos hacia donde están los invitados y vemos que Anfitriona nos espera para hacernos entrar porque está servida la mesa con la comida salada.

Mi mamá le pregunta a Marido:

– ¿Qué te pasó en la cara? ¿Quién te hizo algo semejante?

– ¿Por qué, qué tengo? Y hace un gesto exagerado que hace reír a los chicos.

– Mirate la cara en este espejo. Estás deformado.

– No se preocupen, seguro me picó algo, como casi nunca estoy al aire libre, debo haber hecho una reacción alérgica. Y, por ahí, como tenía perfume, éste me terminó irritando la piel.

Nene le dice:

–Te parecés a un boxeador.

Marido le contesta:

– ¿Quieren sacarse una foto con el boxeador de la Antigua Casita?

Y Madora me alcanza la cámara mientras los chicos lo abrazan a Marido como si fuera una estrella del espectáculo. Marido parece contento con lo que se le ocurrió y, cuando estoy por disparar la cámara, los chicos cambian de posición y representan el lugar del contrincante, los puños cerrados simulando una trompada.

Después de la sesión de fotos Anfitriona nos invita a pasar al comedor.

Los niños se sientan en una mesa y los grandes en otra.

Madora, para que los chicos no se paren a cada rato, les propone que les inventen otras funciones a los platos, a los vasos, a las cucharas y a las servilletas así construyen barcos, sombreros y torres. Pero se aburren rápido y queda la vajilla vacía en el piso. La imagen me atrae y busco la cámara para filmarla. Hago foco en el piso, después en las manos de los chicos y por último, en sus pies intentando sortear lo que todavía no se convirtió en basura. Ellos observan que me gustan las imágenes que van dejando por el camino, con los alimentos hacen experimentos: al jamón lo aplastan con las manos hasta extraerle el color lila. Las chicas con las pajitas dibujan caminos de gaseosa sobre la mesa y acercan hojas de lechuga a unos palitos salados, simulando un paisaje en que la lechuga es la copa de un árbol que le hace sombra a unas flores de sapo.

Filmo de abajo hacia el centro del cuerpo de los chicos, donde se juntan las manos y las mesas para crear imágenes. En un momento me llaman dos mamás para que vaya un rato a hablar con ellas y le pido a Marido que siga filmando por mí. Pero lo que él registra se tiñe de sus heridas. Los planos son cortantes, como si estuviese devolviéndole una trompada a Tío, me doy cuenta por la rigidez con la que sostiene la cámara, sin embargo, los chicos parecen contentos al ser retratados por un “boxeador” que deja autógrafos en lo que será un recuerdo.

Perfume

Me acerco a la mesa en la que están sentadas dos mamás de los ex compañeritos del colegio de Nene y una de ellas me dice:

– ¡Pobrecito Marido, cómo le quedó la cara!

–Sí, es un problema la alergia.

– Los perfumes son venenos. Siempre me acuerdo de cuando mi hijo era bebé y, sin hacerle caso a lo que decían los médicos, lo bañaba con jabones que tenían ricos aromas hasta que un día amaneció manchado y me dijeron que era por mi culpa, por no haber usado jabón neutral. Desde ese día, no sólo le digo que se siga bañando con el que no hace mal sino que también le lavo la ropa. Y me prometí que lo haría hasta que se fuera de casa.

– ¡Qué sacrificio!

- ¿Mirá quién habla? Nos contó Marido la cantidad de veces que saliste para buscarle ropa a Nene para sentirte más comunicada.
- Es verdad. Quisiera que nos gustaran cosas parecidas pero a mí me encanta salir y a él estar en casa, a mí charlar y él, cada vez que le pregunto algo, me mira y me hace sentir una tonta.
- Yo creo que vos te sentís así y eso hace que él te vea como no te gustás. Los hijos son los espejos de lo que no revelamos.
- Torcidos porque, a veces, siento que él quiere encontrar en mí cosas que no sabe de él. Es muy difícil.
- Pero no imposible, me parece que tiene que ver con cómo te lo tomes. Hay que recobrar cierta inconsciencia con los hijos, volver al deseo de quererlos tener. Para mí se consigue a través de ejercitar las manos, por eso lavo la ropa todos los días. Cuando fregás ellas resuelven las incógnitas que se producen en la mente. En una palangana con agua, primero pongo un pedacito de jabón y espero a que se derrita. Después pongo la ropa. Después la remuevo en forma circular. Después la lavo y repito el procedimiento tres veces. Por último, lleno el recipiente con agua y suavizante natural. La enjuago. Y la tiendo. Los recuerdos se detienen y me siento renovada. Como si la casa estuviera limpia, a la espera de que nos entreguemos a imaginar en qué consistiría vivirla, desordenarla otra vez.
- ¿No te cansa la repetición del procedimiento?
- Al contrario, de esta manera siento que purifico la relación maternal.
- A mí me gusta el amor concretándose en actividades compartidas, como te dije, en una charla, un paseo, una actividad. No el amor realizado, la ropa lavada, planchada y ordenada en sus respectivos cajones.
- Pero es muy difícil que dos personas quieran una misma cosa al mismo tiempo. Pensalo con Marido, una amiga o con tus padres. Me parece que tendrías que practicar la suspensión del amor. Amar con cierta diferencia de tiempo, como si estuvieses de viaje, lejos de Nene. Lo querrías igual aunque estuvieran viviendo en horarios diferentes. Ver el fondo de una palangana y el movimiento del agua te ayudarán a no esperar respuestas, sino a observarlas.

Sola

Después de la conversación con la mamá del ex compañerito de Nene quiero estar un rato sola, camino hacia la mesa en la que aún hay comida servida y pruebo un sándwich de miga con jamón y queso, palitos salados, papitas, tartaletas de choclo y roquefort. De cada bocado dejo un pedacito sin terminar y los voy acomodando en una servilleta blanca de papel. Al lado, ubico dos cuchillos y un tenedor. Realizo esta composición sin pensar, los vestigios me hacen sentir acompañada. El fondo sobresale entre los desperdicios y pienso: “la baba cura, calma, protege, contiene entre sus íntimas fibras los restos”. Y me doy cuenta por asociación que, en vez de poner en la prenda, pedacitos de placenta podría haber colocado huevitos de babosas bebés. Quizá, tendría que haber pasado más tiempo en el jardín de casa, en vez de hurguetear el fondo de un hospital. Después la doblo con los bocaditos adentro, la tiro en un basurero y camino hacia el fondo de la Antigua Casita para buscar babosas.

Me fijo debajo de las baldosas que comunican la casa con la pileta y veo restos de baba animal. Sigo los caminos que ella propone. Sinuosos. Pertenece a alguien que late. Punzantes. A alguien que respira. Transparentes. No como los caminos de la espuma del jabón. De fantasía. Intoxica. Perfuma el dolor. Extravagantes. Me ata las manos. No me deja ver lo que hay en fondo. La baba se precipita si existe algo que valga la pena lamer. Y, cuando toco una de ellas, escucho que Madora dice: “¡chicos, ya está preparado el inflable!” y pienso: “tranquila, el amor lleva más tiempo del que uno está preparado a dar” y saco dos babosas siamesas del fondo de la tierra y las llevo en la mano hasta la remera de Nene. Una vez que la descoso, los pedacitos de placenta, en cambio de deslizarse por la tela, se amontonan unas con otras como si todas, al mismo tiempo, quisieran ser vistas por los padres que les presento.

Inflable

Me acerco a la Casita y no veo a ningún invitado. El dragón inflable parece estar masticándolos mientras ellos saltan dentro de él.

Se me acerca el dueño y me dice:

– Le dije que era muy divertido, ¿vió?

– Sí, pero la sensación es muy rara, ¿y si no pueden salir?

– ¿Cómo no van a poder salir? Pruebe llamarlos y verá cómo lo hacen por la boca.

Les grito a los invitados:

– ¿Están bien?

Y ellos responden:

– El dragón se está desinflando y no logramos salir, pedile al dueño que lo infle un poco más, así salimos.

Al dueño le digo:

– Por favor, haga algo, este juguete puede herir a los invitados.

El dueño lo infla de tal modo que las paredes plásticas del estómago se desprenden de las personas y logran salir.

Una vez afuera los invitados le preguntan al dueño:

– ¿Cómo es posible que un juguete sin dientes, sin esófago y sin órganos nos haya querido devorar?

– Es una sensación, no es real. Esa es la gracia de estos juegos, simulan cosas imposibles, como ser comido o soltado por un animal. Lo que pasa es que la gente no está acostumbrada y eso que son más peligrosos los mecánicos porque ahí, si hay un problema técnico, puede morir alguien de verdad. En cambio, esta silicona es inofensiva.

Después, propongo que entremos los adultos para corroborar el simulacro y que luego sean los chicos los que entren otra vez. Ellos aceptan y entramos, mientras que los chicos se quedan afuera con el dueño del inflable mirándonos. Empezamos a saltar y me siento asfixiada, tengo el mismo miedo de cuando estaba por nacer Nene. Mi madre y Marido me miran para tranquilizarme pero de tan alto que salto mi vestido se desabrocha y el lazo que tenía se desata para que los invitados se agarren de él. Como si fuera un cordón umbilical y fuera una madre con muchos hijos desperdigados. Los invitados se sienten como en el

vientre de sus madres y quieren salir porque crecieron lo suficiente y les pedimos a nuestros hijos que nos ayuden a darnos a luz.

Ellos, ayudados por el dueño, abren la boca del dragón y salimos disparados hacia el jardín como flores arrancadas de la tela de un vestido.

Soy la que más lejos está del resto, el color verde del césped contrarresta el sinsabor del vientre del animal, sin embargo, Anfitriona se interpone sobre el color que me hace descansar porque la veo perseguir a algo o a alguien.

Cuando me levanto me doy cuenta que está corriendo detrás de una sombra que salta de una flor a otra del jardín. ¿Será el espectro de sus cachorros? ¿La sombra del hijo de una flor que no logró mutar? ¿Será posible la transmigración de un reino a otro? ¿Pero a qué reino pertenecen las sombras? Ella no me ve y yo la sigo como queriendo atrapar una flor irreal.

Anfitriona corre de un lado al otro pero la sombra se escurre entre sus manos, dando pequeños saltitos como si fuera un colibrí resucitado.

Es una sombra verde por eso, a mí también, me entusiasma la idea de seguirla porque nunca había visto sombras de color. Le silbo y viene volando. Primero se posa en mi mano, después en mi nuca y en el vestido. Recién cuando me siento en el piso sonrío y se apoya en mis rodillas.

Y le digo:

– ¿De dónde saliste, dónde estabas?

Y ella mira hacia abajo, indicando la tierra.

Entonces, pienso si no será la sombra de uno de los perros de Anfitriona, de otro animal, de una flor, de un mineral o de un bebé que se desprendió del cuerpo al que pertenecía como si hubiera cambiado la piel. Creía que estaba sola viviendo lo que sería un secreto hasta que llega Nene y se da cuenta de que estoy intentando ocultar algo en la mano y se entusiasma con la sombra y me la pide.

La sombra sin que yo diga nada se le posa en uno de sus dedos con la pose de un anillo y vamos caminando hacia adentro.

Nene me dice:

– Quiero llevármela a casa.

– Es que no sé si ella querrá, si corresponde, ella vive aquí.

– Pero pobrecita, no tiene padres, ni madres, ni amigos.

– Eso no lo sabemos, quizá los tenga pero no están a la vista.

– Mamá por favor, esta sombra se parece a los autos que aparecen en mis sueños.

– ¿Me estás queriendo decir que encontré un sueño tuyo en este en este jardín? Y si fuera así, ¿por qué lo perseguía Anfitriona?

– No sé, justo está viniendo ahora. Me parece que es de ella y no se la voy a dar.

Cuando la sombra presiente que se acerca Anfitriona se mueve de un costado al otro en línea recta y cambia de color y, como no puede hablar, aúlla. El sonido es una mezcla de congoja con el sonido de las hojas de los árboles cuando las mece el viento.

Después se acercan los compañeros de Nene y, en cuanto se dan cuenta de lo que ocurre, se pelean para ver quiénes serán sus padres por el resto de la fiesta.

Anfitriona se empieza a inquietar como si hubiésemos descubierto un secreto prohibido. Le estira los brazos para que vaya con ella pero la sombra no se deja poseer por nadie, a lo

sumo se posa unos instantes en las manos de Nene o en las mías y sigue moviéndose de un lado a otro.

Nene intenta apretarla para sentirse su dueño y le digo:

- Tenés que tener cuidado, no es una mascota, se puede romper.
- Aunque parece la sombra de un cachorro o de un bebé.
- Por favor Nene, tenés que devolvérsela a Anfitriona. Esta sombra vive en su parque, no te la podés quedar.

Y como Anfitriona lo mira a Nene con odio, a ella le digo:

- No te preocupes, te prometo que te la va a devolver más tarde pero ahora será imposible arrebatársela lo que parece un milagro.

Anfitriona acepta y dice:

- Entonces entremos para saborear la comida dulce que debe estar servida.

Los chicos le preguntan a la sombra:

- ¿Querés comer algo dulce? ¿Querés sentarte con nosotros? ¿Podemos llevarte a upa?

Y la sombra, sin aullar, sobrevuela nuestras preguntas, de unas manos a otras.

Sombra

Entramos a la Antigua Casita y por cómo impactan los rayos del sol, la sombra del bebé parece más grande que la de todos nosotros y nos quedamos absortos como si hubiésemos descubierto algo que sabíamos pero olvidamos. Con esta idea Madora propone trazar sobre el piso las siluetas de nuestras sombras para indagar sobre aspectos que nos constituyen y que, por momentos, desconocemos. El juego es simple. El intercambio es asombroso.

Madora ofreciéndonos palitos de chocolate dice:

- Primero los adultos trazarán la sombra de los niños y luego al revés.

Los niños salen nuevamente al jardín y buscan un lugar donde quedarse quietos por un rato. Cuando queremos trazarlas nos damos cuenta que se proyectan sobre las mesas, las sillas, las ramas de los árboles, lugares que no podemos alcanzar.

Anfitriona nerviosa dice:

- ¡La comida dulce está servida, deben entrar! ¡Además esto es un verdadero enchastre! Pero, cuando la miramos, se da cuenta que no puede decirnos nada porque, gracias a nosotros, su sombra se divierte como un chico más.

Los chicos dicen que prefieren jugar a delinear la sombra del bebé y Anfitriona exclama:

- ¡Ay, no, pobrecita! Cómo harán para detenerla, ella no sabe caminar por eso se bambolea, de un lado al otro.

Los niños dicen que quizá, guardándola dentro de un frasco podrían contornearla sobre el vidrio pero Nene que la cuida, como al perro que siempre quiso tener, les dice a sus amigos que de esa manera la asfixiarían.

Anfitriona le dice a Nene:

- Por favor, dejala en paz, devolveme mi sombra.

Nene le dice:

- Lo último que haría es darle la sombra a esta madre.

Y le pregunto:

– ¿Cómo sabés que Anfitrióna es su madre?

Nene responde:

– El problema es que ella no lo es pero pretende serlo.

Anfitrióna le contesta:

– Es cierto, yo no soy su madre, no tuve hijos, pero esta sombra es mía porque nació en mi jardín y por eso me pertenece.

Nene le dice:

– Por eso mismo no es suya, ¿dónde está la sombra madre?

Y le preguntamos a Anfitrióna:

– ¿Qué pasó con su madre, dónde está?

Entonces Anfitrióna se pone a llorar y dice:

– Está bien, los ayudaré a trazar la sombra de la sombra.

Y le canta una canción de cuna en un idioma que nadie conoce para que la sombra se quede quieta, mientras los chicos dibujan su sombra sobre el pasto con palitos de chocolate.

Una vez que terminan el dibujo Madora les dice a los chicos:

– Ahora, les propongo que dibujen las que proyectan los adultos.

Los chicos aceptan y le piden a Madora tizas de colores pero, en cuanto comienzan a dibujar nuestras sombras surge el siguiente problema, sólo llegan hasta la cintura.

Nene dice:

– Como la sombra del bebé puede saltar, ella podría ayudarnos.

–Sí, pero como es un bebé no sería justo que hiciera el trabajo por todos ustedes. Quizá podrían conseguir escaleras, apilar banquitos o alzarse entre ustedes.

Los niños responden:

– Nos cansa tener que pensar de antemano cómo jugar.

– ¿Qué les parece si entre todos intentamos dibujar la sombra de un solo adulto?

Los chicos preguntan:

– ¿Cuál?

–Le voy a tapar los ojos a Nene con un pañuelo y él, al azar, elegirá a una persona.

Madora le tapa los ojos a Nene, los amigos lo marean haciéndolo girar y después de unas vueltas me elige a mí.

Decido quedarme parada mirando un fragmento del jardín de cara al sol, así la sombra se proyecta sobre la pared que está atrás mío.

Los chicos empiezan por los pies, después por los tobillos y, cuando llegan a las rodillas, mi sombra se alarga más por efecto de rotación del sol y se suben unos arriba de los otros hasta que llegan a la cintura que, otra vez por efecto de rotación del sol, se agranda y tienen que buscar una escalera pequeña para llegar al cuello que, por efecto de rotación del sol, se estira entonces Madora les alcanza un banquito para que lleguen a la cabeza que, por efecto de rotación del sol, se erige hacia las nubes y los niños enfurecidos le dicen a Madora:

– Este juego es imposible. Las sombras de los adultos se nos escapan de las manos. Qué sentido tiene un juego en el que nunca vamos a ganar.

– No se crean, a veces se logra.

– No se puede aceptar un juego cuyas reglas nos traicionan.

– Está bien, para que no se enojen ¿qué les parece si la sombra de cada uno saca a bailar a la sombra de otra persona?

Madora pone un disco con música de videojuegos y se produce así una constelación supra terrenal de una pantalla inexistente.

Disfraces

Cuando termina el disco Madora propone traer los disfraces. Las niñas aceptan y los niños dicen que prefieren descansar. Pero enseguida le preguntan:

– ¿Y si nos aburrimos?

Y Madora les responde:

– Estar aburridos es confiar en el silencio interior. Tener incertidumbres es tan importante como no tenerlas. Y no les dice nada más.

Entonces me quedo pensando en la explicación que les da Madora a los niños y pienso:

“¿no será que el problema comunicacional que tengo con Nene tiene que ver con que no le doy la misma importancia a la incertidumbre que a la certidumbre maternal?

Camino hacia el guardarropas y saco la caja con el regalo, me quedo sola, cierro los ojos y recito estas palabras en voz baja:

“Qué significa este regalo.

¿Es triste?

¿Será alegre?

¿Es una certeza del amor o su más repugnante incertidumbre?

Remedo el silencio con prendas vivientes.

La muerte con la vida.

La vida con la muerte.

La vida con la vida.

La muerte con la muerte.

Tengo que deshacerme de esta contradicción.

Ir en busca de un posible escondite”.

Entonces, camino hacia el fondo y dejo la caja en la misma rama en la que antes colgué la ropa mojada de Marido y me despido del obsequio con la sensación de quien dona una parte plástica del cuerpo.

Después, regreso hacia donde está Madora y veo a las chicas disfrazándose y a los varones, mudos y quietos, mirando puntos que los hipnotizan en la lejanía.

Madora sin que diga una sola palabra me dice:

– Ojo con lo que estás pensando.

– ¿Por qué?

– Porque espero que no creas que no están mirando nada.

La mirada del aburrido no es una mirada perdida, es una mirada buscada.

–Tenés razón, le digo a Madora.

Observo sus ojos en el horizonte y me imagino qué uniones son las que harán sin pestañear para dibujar el lugar hacia la cual quieren ir. “¿Querrán? o estarán bien así, a esta distancia”, me pregunto.

No identifico lo que miran. Estoy perdida. Debería aprender de ellos a buscarme. Y me pregunto: “¿perdida respecto de qué?” y me quedo en silencio mirando cómo las niñas sacan capas de colores de una caja de cartón forrada con un papel azul metalizado. ¿Qué debería hacer para que las cosas cambien de verdad? Cierro los ojos y cuando los abro lo veo venir a Nene con la sombra del bebé en la mano y me dice:

- Gracias a este festejo encontré una sombra que me hace sentir acompañado.
- No te creas que te las vas a poder llevar. Las sombras no tienen dueños.
- Pero esta es diferente porque salta, intenta hablar y se deja acariciar.
- Sí, pero tiene que quedarse con Anfitriona porque la encontramos en este lugar.
- Las cosas que están en una casa no necesariamente son de las personas que viven en ellas porque podrían ser robadas y sus dueños estar en otra parte.
- ¿Por qué pensás que esta sombra fue robada?
- ¿Y sino por qué Anfitriona no nos respondió dónde estaba su mamá?
- No sé. Y ahora fijate qué buscan tus amigos en el horizonte.
- Los rayos de sol interrumpiendo las ramas de los árboles, el nacimiento de las sombras. Pero después de un rato viene la Mamá de Mejor Amigo de Nene y me pregunta:
 - ¿No te preocupa que los chicos estén inmóviles mirando vaya a saber qué cosa?
 - Madora dice que el aburrimiento es tan importante como la diversión.
 - Pero no parecen aburridos sino hechizados y no me extrañaría que Madora con su mirada triste y entendida lo hubiera provocado.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene se acerca a ellos y les dice:

- Chicos ya está bien, ahora vayan a jugar. Vamos que la fiesta continúa, no se queden congelados, nos asustan.

Pero no reaccionan.

Entonces la llamamos a Madora para preguntarle qué está pasando y repite:

- Están en un trance de aburrimiento concentrado, ya se les pasará.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene le dice:

- Pero los chicos están en un cumpleaños y no tienen tiempo que perder, hacé algo para que reaccionen y se sigan divirtiendo, ya falta poco para que el festejo termine.

Pero Madora no responde ni ayuda a las niñas a que se cambien de disfraz.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene me dice:

- Qué vamos a hacer si los niños llegaron alegres y se van obnubilados. Pensemos: “por qué Nene es el único que se mueve”.
- Para mí, es porque tiene la sombra en las manos que lo hace saltar de un lado al otro.
- Entonces, probemos lo siguiente: digámosle a Nene que lleve la sombra hasta los ojos de sus amigos para ver si así empiezan a moverse.

La Mamá de Mejor Amigo de Nene lo llama y le pregunta:

- ¿No te pone mal estar jugando y que tus compañeritos se hayan quedado como estatuas?
- No, porque están descansando, nada más.
- Pero ya es hora de que se sigan divirtiendo. Por favor, mostrales la sombra para ver si la pueden seguir con sus miradas y así comienzan a mover el cuerpo.
- Es que la sombra no es un payaso, no puedo hacer eso.

La Mamá de mejor Amigo me dice:

–Tenés que convencerlo por el bien del grupo.

– Si Nene no quiere prestarles la sombra porque considera que no es un payaso, tendría que ser él mismo el que se las ingenie para despertarlos.

Nene cede ante mi pedido y deshipnotiza a sus amigos acercándoles la sombra hasta los ojos y, recién ahí, comienzan a mover lentamente sus pupilas. El movimiento simultáneo de los ojos provoca la excitación de la sombra como si hubiera descubierto el significado de la palabra “fútbol” y salta sin detenerse hasta que los niños le preguntan: “¿dónde está el arco?” y la sombra les responde dirigiéndose hacia el fondo y emitiendo un sonido extraño parecido a lo que sigue: Eeeeeccccceeeeeaaaaahhhhhymmhhh entonces nos damos vuelta y la vemos sobre la rama del árbol en la que dejé la caja con el regalo viviente para Nene.

A la sombra por primera vez se le iluminan los ojos y vemos que salen de ellos dos rayos que trazan un camino para que nos acerquemos hacia donde está.

A mí no me asusta que haya encontrado el regalo porque ya no lo siento mío, pienso que podría ser del árbol, una especie de hongo que creció para cicatrizar una herida.

Una vez que llegamos al fondo, la sombra señala la caja pero, como ellos no llegan a verla totalmente, le piden a la sombra que la tire al suelo. Y así observan una caja forrada con un papel de regalo con un moño gigante dorado.

Y dicen:

– Este regalo seguramente es para Nene pero ¿qué ser humano alcanzó la cima de esta rama? ¿Será un regalo de la sombra para Nene? No entendemos.

Madora, la Mamá de Mejor Amigo de Nene y yo les contestamos:

– Algunos regalos no tienen explicación.

La sombra nos mira como diciendo: “¿no se dan cuenta que no tengo fuerzas para abrir una caja?”.

Entonces Madora lo mira a Nene para que sea él quien la abra.

En ese momento llega Marido y dice:

– Los estaba buscando.

Y le pregunto:

– ¿Dónde estabas?

– Hablando con los invitados pero de golpe, la conversación se vació como nuestros vasos y quise venir para saber qué estaban haciendo.

– Vinimos aquí porque la sombra descubrió esta caja en la rama de aquél árbol.

– Y ¿qué esperan para abrirla?

Cuando Marido pronuncia esta frase a Nene se le cae de las manos y se abre sola y, por una de sus ranuras, salen las babosas en fila india desde adentro de la tela hacia el jardín.

Los chicos las miran entusiasmados porque se mueven de una manera distinta a la habitual.

Nene me pregunta:

– ¿Qué regalo habrá? Estas babosas parecen bailar, ¿será un disco?

Marido dice:

– Parece que bailaran lento.

Madora dice:

– No bailan, actúan.

La Mamá de Mejor Amigo dice:

– Están locos, los animales no bailan.

Y le contesto:

– Te equivocás, todos los seres vivientes bailan. Lo que no sabía era qué pasos componían la danza de las babosas.

Los compañeros de Nene le piden que abra la caja y listo.

Pero él se toma su tiempo hasta que la desenvuelve, la destapa y cuando saca la remera dice:

– ¿Qué es esto?

Madora le dice:

– Parece una prenda descosida.

Marido y la Mamá de Mejor Amigo de Nene dicen:

– Esto es muy raro, tenemos que tener cuidado, miren si es peligroso.

Yo digo:

– El peligro nunca está cerca del color y miren qué hermosos son los de esta remera.

Nene me dice:

_ Es parecida a la que me regalaste y perdí entre los juguetes.

Y observa que en el centro de la prenda hay algo misterioso entonces intenta descoserla pero, antes, una compañera le dice:

– Esperá, creo que sale una música del pecho.

Nene apoya el oído, la escucha, la toca y dice:

– Algo se mueve. La tela vive, la materia late.

Madora dice:

– Con permiso pero tengo que acercarme para ver si adivino. Es una cosa hecha por un montón de otras.

Los compañeritos le dicen a Nene:

– Probátela para ver cómo te queda.

Nene dice:

– Tengo miedo, no sé si podré bailar con esta ropa.

Marido le dice:

–Ya mismo la llamo a Anfitriona para que traiga el equipo de música para comprobar si podés moverte con la remera puesta.

Cuando llega Anfitriona pregunta:

– ¿No estaban jugando con los disfraces?

Marido le responde:

–Sí, faltaba que Nene encontrara el suyo nada más.

Anfitriona me dice:

–Pondré un disco si Nene me devuelve la sombra.

– Le prometo que se la va a devolver pero ahora debemos comprobar si puede desplazarse con este regalo.

Anfitriona no pregunta nada sobre la caja y la remera que tiene puesta Nene y trae el equipo que enciende, gracias a que colocó un alargador que permite tener electricidad en el fondo de la Antigua Casita. Pero, en seguida, percibo que esta música no es la que

necesitan las criaturas de la remera. Entonces, le pido a Anfitrióna que traiga un cable para amplificar el sonido y lo coloco a la remera que ya se puso Nene. Se escuchan sonidos modernos aletargados por la fricción de la piel. Nene se mueve lento, en tensión con la monotonía que proponen los juguetes a pila.

Velitas

Acompañamos a Nene en el baile que propone su remera y pienso en que no insiste en saber quién se la regaló porque aún está sorprendido.

Marido me dice que Madora le dijo que era la hora de entrar y pinchar la piñata. Entonces Madora detiene la música y pide a los invitados que vayamos adentro.

Cuando entramos no vemos la piñata sino humo.

Madora comenta que el humo es un detalle pensado por Anfitrióna para que el final de la fiesta se parezca a una discoteca. Anfitrióna trae la torta de cumpleaños con las cinco velitas encendidas. Gracias a ellas podemos ver rasgos de nuestras caras moviéndose y esfumándose. Cantamos el feliz cumpleaños con un tono seco, Nene las enciende con el aparatito chino que tenía guardado en el bolsillo del pantalón y ellas nos hacen saber al lado de quiénes estamos parados. Como se apagan solas, los invitados proponen usarlas como antorchas para salir afuera para respirar mejor. De esta manera, bordeamos los primeros árboles, la pileta, pasamos por un puente y llegamos hasta un galpón. Recién ahí, nos vemos las caras nítidas. Después escuchamos un chapuzón y, a los dos minutos, la vemos salir a Madora como una sirena dorada indicando la salida.

Marido se acomoda la camisa. La Mamá de mejor Amigo de Nene dice que no se puede ir sin su megáfono. Los amigos de Nene sacan humo por la boca y hacen dibujos con la respiración. Anfitrióna dice que volvamos a buscar los regalos. Nene quiere regresar para encontrar la sombra. Imagino nuestras carteras abiertas. Los paquetes sin abrir. La sombra huérfana de las manos de los niños. La remera bailando sola en el suelo en el que, hasta hace poco tiempo, todos pisamos.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

tamaradomenech.blogspot.com

edicionespresente.blogspot.com

www.instagram.com/tadomenech